
Los INVASORES de ASTERO
Colección LUCHADORES DEL ESPACIO
SCOTT BARRY

J. SCOTT BARRY

LOS INVASORES DE ASTERO

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Colección LUCHADORES DEL ESPACIO

Depósito Legal V. 352.—1962.

Número de registro: 932.—1962.

PRINTED IN SPAIN

EDITORIAL VALENCIANA.—VALENCIA



CAPÍTULO PRIMERO

No habían transcurrido tres minutos desde que la espacionave BA2-34 se había posado sobre un foso de aterrizaje, cuando comenzó a abrirse la escotilla de acceso. La emoción de los presentes subió al punto, y aunque no eran muchos los allí congregados, notóse el suspiro de satisfacción que emitieron docenas de gargantas, al ver aparecer en el dintel de la entrada una figura humana.

—¡Hurra!

El grito surgió espontáneo de uno de los periodistas y fue coreado por sus compañeros.

—¡Eh, muchachos, es el mismo coronel Barton!—aclaró uno del grupo, señalando al astronauta que bajaba por la pasarela.

—¡Vamos!

Y el tropel de informadores de Prensa, los fotógrafos y los operadores de la radio y la televisión, rompiendo el cordón policial de protección, se abalanzó hacia el hombre que avanzaba lentamente.

Los disparos de «flax» y los proyectores comenzaron a martillear sobre el rostro del coronel, Barton, cubierto todavía por la escafandra de vuelo. Docenas de micrófonos se tendieron a la altura de su boca.

—¡ Por favor, unas palabras!—rogó uno de los informadores.

—¡Quítese la escafandra y hable de una vez! —gritó, impaciente, un locutor de T.V.

—¡Sí, que hable de una vez!—corearon varios.

El grupo de militares que esperaba al astronauta, se removió inquieto. Todos tenían la vista fija en el oficial de más alta graduación: el general Donovan. Un ayudante se acercó solícito:

—¿Mandamos despejar, señor?

—No. No serviría de nada. Tarde o temprano tiene que saberse todo.

Tras decir esto, quedó contemplando los movimientos del coronel Barton.

Este, ayudado por dos hombres de su tripulación, se había quitado la escafandra.

El rostro siempre sonriente y animoso del coronel, mostrábase taciturno, reservado, como dominado por una honda preocupación. A su lado, y tras él, iban deteniéndose los miembros de la tripulación de la BA2-34, que habían participado en la aventura de llegar hasta el planeta Astero, en un viaje de investigación.

—¡Vamos, coronel, cuéntenos lo que ha visto en ese planeta!—pidió el periodista más cercano a él.

—¡Si han visto algo, claro está!—apostilló venenoso Robert Crane, el incisivo comentarista de la T.V. 96.

—¡Calla y escucha, sabandija!—le replicó James Kent, su oponente de la T.V. 40.

El rostro del coronel Barton iba tomándose más lívido por momentos. Alguien de la tripulación masculló a su lado:

—No haga caso de esa chusma, coronel. ¡Que trabajen si quieren averiguar algo!

Barton hizo un signo con la mano, deteniendo los murmullos que iban subiendo de tono.

—Perdonen, amigos... No puedo ser muy explícito ante ustedes, por dos cosas: la primera es que tengo que informar a mis superiores, como es mi obligación, antes de comunicar ningún resultado de nuestro viaje. Creo que lo comprenderán...

Un murmullo de contrariedad salió del grupo de periodistas.

—Díganos otro motivo, Barton, ése no nos vale—gritó Crane, siendo coreado con risotadas por sus compañeros más cercanos.

—¡Estoy cansado, señores, compréndanlo!

—¿Cansado? ¿Qué es eso, coronel? ¿Otra evasiva?—insistió de nuevo Crane.

—¡Cansado, sí, muy cansado de todos ustedes!—gritó al lado de Barton, el comandante Blake, uno de sus ayudantes—. No olviden que regresamos a la Tierra después de un viaje de treinta días, jugándonos la vida cada segundo y nos merecemos, si no el respeto, al menos un poco de descanso.

Y tomando por los hombros al atribulado Barton, le hizo avanzar hacia el final de la pasarela. El resto de la tripulación de la BA2-34 formó el cuatro alrededor de su jefe y avanzaron desafiantes, hacia el grupo de periodistas y operadores de T.V.

El silencio con que habían sido acogidas las palabras de Blake, fue seguido de un respetuoso movimiento del grupo de informadores, que abrió paso a los astronautas, sin que por ello parasen un instante los disparos de los fotógrafos, ni el rodar de las cámaras de T.V.

Antes de descender los últimos escalones de la pasarela, el coronel Barton miró a lo lejos, detrás de todos los grupos y al ver una figura dé mujer, saludó con la mano, al tiempo que esbozaba una débil sonrisa. Tras ello, se dirigió al grupo de militares.

El general Donovan se adelantó y estrechando la mano de Barton le empujó hacia el vehículo que le esperaba.

—No digas nada más, muchacho. En el Cuartel General hablaremos—y dirigiéndose al ayudante Blake, agregó—: Cuide que nadie le importune, Blake. Y, sobre todo, no digan una sola palabra del viaje hasta hablar conmigo.

—Pierda cuidado que así se hará, señor.

La caravana de turbomóviles oficiales, pilotada por una nutrida escolta, se esfumó rápidamente del espaciódromo. Y tras ella, corrieron apresuradamente los periodistas, fotógrafos y operadores

Petula Barton, la esposa del astronauta, los vio marchar con un gran alivio en su corazón. Los últimos minutos habían sido de verdadera prueba para ella. Aquellos gritos, aquellas imprecaciones de los informadores… El pensarlo la estremecía, pero en el fondo estaba contenta: él había vuelto.

—Somos unos salvajes, ¿verdad señora Barton?—preguntó a su lado la voz de un hombre.

Petula que estaba sentándose frente al volante de su turbomóvil,

levantó la cabeza apresuradamente.

—¿Qué...? ¡Oh, es usted, señor Kent! ¿Cómo decía?

—Que los periodistas debemos parecerle unas auténticas fieras, ¿no es cierto?

—Comprendo que están en su derecho; es su profesión. Pero, ¡qué duros han sido con mi esposo!

—La cosa no ha acabado todavía, señora. Prepárese para pruebas mayores. Tal vez necesiten todas sus fuerzas.

—Ya me lo figuro—replicó ella—. Pero ahora todo es distinto.

—Comprendo lo que quiere decir. La he visto hace unos momentos. Es usted la única persona de la recepción que ha sonreído.

—Mi esposo ha vuelto sano y salvo, señor Kent. ¿No cree usted que es motivo para una sonrisa de bienvenida?

—Ciertamente, señora Barton. Mi más cordial felicitación.

—Gracias, señor Kent. ¿Le llevo a algún sitio?

—No. Muy agradecido. Quiero echar una ojeada por ahí. No olvide que yo también soy periodista.

—Pero sus compañeros están en otra parte, tras las noticias que puedan darle mi esposo o sus ayudantes.

—A ésos les interesa más el hombre que su obra. A mí me interesa más la obra; buena o mala, pero obra al fin y al cabo.

—¿Y no cree que mi esposo pueda hablar de su obra ?

—Sí, claro. Lo que ocurre es que a lo mejor ni él mismo sabe todavía lo que ha hecho.

—¿Usted cree?—preguntó Petula, esperanzada.

—Estoy convencido de ello. Un viaje espacial de treinta días de duración, no es un recorrido de placer. Es un estudio científico y todo cuanto se haya captado, sirve. Se hablará mucho de este viaje, señora Barton, ya lo verá. Y no será todo malo, créame.

—¡Dios le oiga, señor Kent! Le contaré a Roberto su optimismo. ¡Adiós!

—¡Hasta pronto, señora!

Él turbomóvil de Petula Barton arrancó, levantando una polvareda que envolvió al joven comentarista de la T.Y. 40. Cuando se disipó la nube de polvo, Kent se encontró contemplando la astronave.

La BA2-34 estaba allí, silenciosa, enorme, majestuosa. Tan sólo las abolladuras que los aerolitos habían producido en su fuselaje, denotaban el servicio prestado. Viéndola, se evocaba fácilmente la

venturosa jornada de su fantástica partida.

Un mes había transcurrido desde aquella fecha, pero James Kent, que había comentado para la T.V. 40 aquel momento memorable, lo recordaba perfectamente.

* * *

Una vez destruidas todas las fuerzas de sabotaje que el planeta Astero había concentrado en la Tierra, pudieron cubrirse rápidamente las etapas preparatorias del lanzamiento de las astronaves, que investigarían todo lo referente a aquel belicoso y extraño planeta.

Las destrucciones sufridas por los continuos atentados, dieron paso a nuevos estudios y complejos industriales, y la mutua ayuda entre contrincantes abrevió considerablemente el plazo del lanzamiento de la BA2-34 norteamericana, primera astronave que surcaría el espacio en busca de Astero.

La impaciencia por ver acabados los preparativos era enorme. El coronel Barton, recién ascendido a esta graduación tras su participación en la liquidación de los agentes saboteadores de Astero, revisaba los últimos trabajos para el lanzamiento, asediado por los informadores de prensa y T.V. y las llamadas del Estado Mayor.

—Sí, todo está previsto para el lanzamiento —decía en aquel momento el coronel Barton, contestando a unas preguntas por el fonovisor—.

Pasado mañana será el día D. Esté tranquilo, señor, creo que no fallará nada.

Y tras cortar la comunicación, se dirigió al grupo de periodistas que le interrogaban.

—Perdónenme, señores, ¿dónde estábamos?

—Nos había indicado algo sobre la tarea de la nave, coronel—indicó James Kent, el joven comentarista de la T.V. 40.

—Cierto... Se trata, como les dije, de una misión exploratoria. Queremos conocer de cerca todo lo referente al planeta Astero: densidad atmosférica, presiones, naturaleza de los gases... En una palabra, todo cuanto rodee al planeta.

—¿Están preparados para ello?

—Sin duda alguna. A bordo llevamos aparatos de medida de todas clases y laboratorios electrónicos para verificar los datos que se obtengan.

—Y esos datos, ¿cuándo los conoceremos? ¿A su regreso ?—

preguntó el agudo Robert Crane, cronista de la T.V. 96, eterno rival de Kent en la información audiovisual interplanetaria.

—Eso no puedo decírselo, señor Crane. El que usted conozca esos datos más pronto o más tarde, es cuestión del Estado Mayor o del Servicio de Información...

Un complaciente murmullo surgió del grupo de periodistas. Aquel Crane no caía simpático a muchos y ahora le habían ajustado las cuentas; El coronel Barton prosiguió hablando:

—...pero para conocimiento general, quiero que sepan que minuto a minuto, los sistemas audiovisuales de nuestra base, conocerán todos nuestros movimientos y descubrimientos.

—Un momento, coronel, por favor—pidió uno de los presentes —. ¿Es sólo la atmósfera lo que se investigará? ¿O también la superficie del planeta, sus habitantes y sus condiciones de vida?

—Es una pregunta muy oportuna. Sí, todo eso será investigado completamente. Ese es el principal objetivo de nuestra misión. Sabemos que Astero está habitado. Vamos a conocer realmente cómo son esos habitantes, cómo viven y...

—¿También cómo se les puede atacar?—se oyó decir a una voz.

—No. Yo diría mejor, cómo se podría tratar con ellos.

—¿Y todo eso sin aterrizar?

—Sí. No hay necesidad de ello. Llevamos cámaras tomavistas con objetivo electrónico, capaces de filmar en sus colores naturales los más pequeños objetos a gran altura, pudiendo conocer inmediatamente la toma de vistas.

Los informadores quedaron unos instantes en silencio. Con los datos que ya conocían y aquellas noticias de última hora, casi estaba completada su curiosidad.

No obstante, quedaba una pregunta muy importante por hacer y, como siempre, fue James Kent quien la formuló:

—¿Se ha pensado en la posibilidad de un aterrizaje forzoso?

—Pues... sí se ha pensado y se ha previsto: puede hacerse—contestó Barton, con palabra segura.

Robert Crane, aprovechó la ocasión que se le brindaba para apuntar su mala intención.

—Y en la posibilidad de regreso, ¿se ha pensado?

—Naturalmente, señor Crane. En eso es en lo primero que se ha pensado. No olvide que yo soy el constructor de la nave, pero también su tripulante-jefe. Y otra cosa: nuestra misión es investigar, pero para ello es necesario regresar con vida y con todos los elementos de la astronave intactos.

Aquellas palabras de Barton dieron nueva viveza a la reunión. Se introducía un nuevo elemento de interés en aquel avance de acontecimientos.

—¿Quiere aclararnos esto, coronel? — pidió James Kent—. Según parece, la investigación sobre Astero se completará, forzosamente, a su regreso a la Tierra, ¿no es eso?

—Está usted en lo cierto. La astronave lleva una serie de dispositivos de investigación, que no es posible verificar en ruta y mucho menos transmitirlos. Cuanto quede recogido en esos dispositivos, tiene que conocerse una vez la BA2-34 haya regresado a la Tierra y nosotros con ella. Por eso está tan forzosamente previsto nuestro regreso.

—Muchas gracias, coronel Barton—contestó Kent. Y como si aquellas palabras fueran unas palabras de consigna, la entrevista se dio por concluida.

Los periodistas fueron desfilando ante Barton, estrechando su mano y deseándole suerte, mientras los fotógrafos y operadores de T.V. aprovechaban el momento para tomar sus últimas placas y metros de celuloide.

James Kent, como siempre, se entretuvo contemplando distintos aparatos, haciendo tiempo para ser el último en salir. Contrariamente a sus nerviosos compañeros, siempre impacientes por ser los primeros en dar las noticias, Kent no daba importancia a la velocidad, sino a la reflexión. No cazaba noticias desde un punto de vista sensacional, sino que las comentaba, enfocándolas desde un ángulo humano, profundamente palpitante. Por eso, sin prisas, gustaba de conocer a solas, la última palabra de su interlocutor.

El coronel Barton, viejo amigo y conocedor de la costumbre del periodista, le esperó sonriente, dispuesto a contestar a sus últimas preguntas.

—¿Algo más, Kent?

—Cierto, coronel. ¿Le hemos forzado a revelar algún alto secreto?

—No, en modo alguno.

—¿Podemos considerar entonces que el secreto se encierra en esas pruebas a celebrar en la Tierra, no es cierto?

—Así es. Pero no es un secreto que se oculte a ninguna potencia de la Tierra. Todos los continentes están al corriente de los movimientos de nuestra empresa. Es más, como usted sabe, nos han facilitado información y ayuda de varias clases.

—En ese caso, es un peligro exterior, ¿no es cierto?

—Pretende usted hacerme hablar demasiado, Kent.

—Olvide la pregunta, coronel.

—No—repuso sonriendo el militar—. Usted sabe hacer buen uso de las confidencias. Nuestro temor es que en Astero puedan enterarse de nuestros conocimientos sobre ellos. Después de lo ocurrido con los saboteadores, podemos colegir que esos seres son temibles. Mientras nuestros secretos estén distribuidos mitad aquí y mitad en el aire, dentro de la BA2-34, las posibilidades de destrucción son menores. ¿No le parece?

—-Es una buena medida, en un asunto en el cual todas las precauciones son pocas.

—¿Complacido, Kent?

—Totalmente, coronel. Le deseo mucha suerte y hasta la vuelta, que ahora ya sé que es segura.

—¡Gracias, Kent!. ¡Hasta entonces!

Tras el apretón de manos que cerró la entrevista, James Kent no había vuelto a ver al coronel Barton hasta el día de la partida.

Con el interés de hacerlo todo sin secretos, que tanto había subrayado el coronel, aquello había sido un espectáculo sin precedentes. La conmoción mundial ante el acontecimiento había sido tal, que centenares de millares de personas, llegadas de los cuatro puntos cardinales, se agolpaban en torno a la base para presenciar, siquiera de lejos, el lanzamiento.

Todo aquel apoteosis de banderas, invitados y curiosos de la partida, contrastaba con la frialdad y casi hostilidad con que ahora se había recibido el retorno de unos hombres que se lo habían jugado todo por la ciencia y por sus semejantes.

Y todo ello—pensaba Kent—por unas conjeturas, al fin y al cabo. Porque, ¿qué había de cierto en el posible fracaso de la expedición? ¿En qué se basaban aquellas suposiciones? ¿En la falta de información? Ya se había advertido que sólo se daría a conocer la mitad de lo averiguado. ¿En el resultado de las primeras observaciones? El proceso de indagación y verificación era largo, muy largo.

Entonces, ¿qué ocurriría allí?

James Kent pensaba en todo ello, camino de la zona residencial de la gran base de operaciones espaciales. Y, como siempre en aquellas ocasiones, se dio cuenta de que le quedaba por hacer la última pregunta.

Pisó el acelerador del turbomóvil y recuperó el retraso a que le obligaron sus pensamientos. Cuando llegó frente al edificio del

Cuartel General, hacía unos minutos que habían entrado el coronel Barton y los jefes militares. Estaban entretenidos en el vestíbulo con los saludos del alto personal que no había podido acercarse a los astronautas, cuando llegaron al espaciódromo.

Kent esperó a que Barton alcanzara a verle y entonces le hizo una seña con la mano. Extendió un dedo y musitó:

—¡Sólo un minuto!

El coronel Barton se separó de sus acompañantes y llamó a Kent. El periodista se acercó, presuroso:

—¡Bienvenido, coronel! Celebro de veras el verle entre nosotros.

—Gracias, Kent. ¿Alguna pregunta especial?

—Sí, dígame, ¿qué es exactamente lo que ha pasado?

—Por las pruebas recogidas hasta ahora, parece que no hemos hecho otra cosa que dar vueltas alrededor de la Tierra. Vamos a seguir investigando. No le puedo decir más.

Y estrechando la mano del asombrado periodista, el coronel Barton, acompañado de sus más inmediatos ayudantes, se adentró por los pasillos del Cuartel General.

CAPÍTULO II

Esto es inaudito!

Más que un comentario o una exclamación, aquella expresión pareció un aullido en boca del director de la emisora T.V. 40.

—¡Este hombre se ha vuelto loco!

Y tras aquella segunda lamentación, Ralph Thomas, con una violencia inusitada en él, cerró el conmutador del panel de control y la imagen que había motivado su enojo quedó borrada de la pantalla.

Pulsando el viso-interfono, gritó ante el micrófono:

—¡En cuanto James Kent acabe su intervención, que venga a verme inmediatamente!

—Le paso aviso, señor—respondió la voz de la secretaria.

—-¡Que no abandone el edificio sin verme, señorita Francis! ¡Usted es responsable de que así ocurra!—agregó el iracundo director.

—Muy bien, señor.

Tras cortar la comunicación, Ralph Thomas se dejó caer en su asiento. Era la viva imagen del abatimiento y, según sus pensamientos, el caso no era para menos, pues James Kent, su mejor hombre, le había fallado en el momento decisivo.

En aquella intervención había cifrado todas sus esperanzas de águila informativa.

Desde el aterrizaje de la astronave BA2-34, no había hecho más que contar los minutos hasta el momento de dar a sus teleoyentes la más completa información sobre el acontecimiento. Los diecisiete canales de la TV 40 habían sido conectados para dar a un tiempo la intervención del mejor comentarista: James Kent.

Hacía ya mucho que todas las redes de Radio y Televisión del país habían finalizado sus informaciones sobre el fracasado viaje de la BA2-34 y cuando, una tras otra, habían asegurado tal fracaso, Kent aparecía en las pantallas de la TV 40, pidiendo serenidad y asegurando que tal fracaso no estaba comprobado, ni mucho menos.

—¿Qué motivos habrán impulsado a Kent para obrar así ?—se preguntaba una y otra vez Ralph Thomas. Y al cabo de cinco minutos pudo hacer personalmente al periodista aquella misma pregunta.

—¿Que qué es lo que me ha impulsado a obrar así, señor?—

interrogó a su vez James Kent, cuando estuvo frente a su director—. ¿Qué quiere saber, la verdad o una ambigüedad?

—La verdad, naturalmente ¡y pronto!

El periodista se sentó en el sillón que le indicaba Thomas, al tiempo que decía:

—He obrado así por una corazonada y por un recuerdo.

—¡Una corazonada y un recuerdo! ¿Qué galimatías es ése, Kent?

—Ningún galimatías, señor. La corazonada consiste en creer que no se ha dicho la última palabra sobre esto.

—Pero todos lo han asegurado—interrumpió el director—Hasta el mismo Barton…

—Barton no ha acabado, no puede haber acabado sus investigaciones definitivas. Todavía se puede saber algo más.

—¿Y qué pretende con su postura?

—Infundir un poco de esperanza en las gentes, pero sobre todo, en los propios investigadores, para que no desmayen en su duro trabajo.

—Dígame, Kent, ¿funda en algo lógico esa esperanza?— preguntó Ralph Thomas, intentando agarrarse a algo seguro, para seguir creyendo también.

—Sí, señor. En que un fracaso no puede ser tan sencillo.

—¿Qué quiere decir?

—No puedo admitir lo que todos dan por seguro: que una nave de esa especie no haya salido de órbita y sólo haya filmado la Tierra…

—Pero…

—…no puedo admitirlo. De ser así, no sólo sería el fracaso de Barton y de los del Cuartel de Operaciones Espaciales, sino que el fracaso nos alcanzaría a todos los de este continente, a todo el mundo.

—Todo eso as demasiado simple, Kent, y usted lo sabe.

—Sí, ya sé que es muy simple, pero estas cosas tan sencillas son las que nadie ve, por puro simples. Y sin embargo, son en las que todo el mundo confía. Créame, Thomas, para anunciar un fracaso tenemos mucho tiempo, para animar a la esperanza, muy poco.

—Bueno, bueno, no siga con sus latiguillos… —atajó el director —. Admitamos que no me ha convencido. ¿Cuál es ese recuerdo de que antes me hablaba?

—Eso es algo más impreciso todavía, pero que existe, lo sé seguro. Se trata de un hombre, un sabio que puede decir algo sobre

este asunto.

—¿Quién es? ¿Dónde está?

—No lo sé, señor.

—¿Que no lo sabe?—saltó con ímpetu, Thomas—. Entonces, ¿cómo se atreve...?

—No recuerdo cómo se llama, ni dónde para, pero sé que existe. Es más, en nuestro archivo debe de estar su efigie y sus palabras, pues yo mismo le entrevisté.

—¿Y que hace ahí parado? ¡Vaya a buscar enseguida!

—¿Entonces...?

—Entonces, ¿qué?—gritó Thomas.

—¿Seguimos mi camino?

Ralph Thomas se quedó mirando al comentarista. Aquel hombre era su amigo, con una amistad mantenida a fuerza de caminar y luchar juntos con lealtad. James Kent no se había equivocado nunca y los mejores triunfos de la TV 40 a él se debían.

Aquel hombre merecía una oportunidad y Ralph Thomas era una persona leal.

—Está bien, Kent, la T.V 40 en pleno, seguirá sus ideas. Ahora daré las órdenes oportunas. Pero, óigame bien: le concedo cuarenta y ocho horas para que aclare todos esos enredos que me ha largado, ¿comprendido?

—¡Comprendido!

—Pasado ese plazo, prescindiré de sus argumentaciones y obraré con arreglo a lo que vea.

—Gracias, Thomas. No le defraudaré.

Y estrechando la mano que le tendía Kent, Thomas añadió, confidencial:

—Trabajo duro, Kent. Tome todo el personal que necesite, no regatee nada. A ver si descubrimos algo sensacional y hacemos polvo a todos los demás.

Y con una amplia sonrisa, despidió a su mejor comentarista, quien se apresuró a salir de aquel despacho, dispuesto a iniciar la más difícil tarea de su historia periodística.

* * *

—¿Qué le parece esto, coronel Barton?

El ayudante del laboratorio fotográfico, extendió ante el aludido una película. Levantó la cinta, hasta interponerla totalmente entre

los ojos de su jefe y una potente bombilla eléctrica, y preguntó de nuevo:

—¿Qué le parece?

—No identifico nada nuevo, Hellis—respondió el coronel—¿Ha acabado ya?

—No, todavía me faltan un par de fases. He querido adelantarle el resultado, por si le sugiere algo todo esto.

—Por ahora estamos tan a ciegas, como allá arriba. Trabaje un poco más, por favor.

—Con mucho gusto, señor.

El químico se alejó en dirección al banco de pruebas y volvió a colocar la película en el tambor de reactivado.

Varias manos manipularon con botellas de diferentes tipos. Los líquidos eran mezclados en silencio y vertidos luego en recipientes alineados uno tras otro, por los que pasaba la cinta sin fin de la película.

Más de cuatro horas llevaban en aquella tarea, sin que hasta el momento se hubiese alcanzado algo distinto a lo obtenido en el revelado automático, realizado en la BA2—34, conforme se iba captando del supuesto objetivo.

El coronel Barton consultó su reloj. A las doce estaba citado con el general Donovan y ya eran las once.

El general esperaba las últimas informaciones de Barton para estudiar con él, la situación y decidir la convocatoria de la reunión del Estado Mayor General. Aquélla era una reunión indispensable, a la que ambos temían mucho.

Con los datos obtenidos hasta aquel momento, era de todo punto imposible, convencer a aquella asamblea, compuesta por altas graduaciones militares, de que la operación «Hot-Dog» no había resultado un fracaso.

Las últimas palabras pronunciadas la noche anterior por el general Donovan, con ser muy alentadoras, no pasaban de ser eso mismo: unas frases de aliento.

—Trabaja sereno, Roberto, y no te desanimes. Ten en cuenta que nuestro trabajo es éste: estudiar, probar y… volver a estudiar, para probar de nuevo.

Esto le había dicho, pero ello no bastaba para que en aquel mismo momento, una hora antes de la fijada para la entrevista, el mismo general llamase a Barton por el fonovisor.

—¿Qué tal va eso, muchacho?

—Estamos trabajando, señor.

—Pero, ¿se adelanta?—interrogó de nuevo, con cierta ansiedad.

—Hacemos cuanto podemos. En el laboratorio están revelando los dobles de las películas en el viaje.

—¿Y qué veis?—preguntó impaciente, Do- novan.

—Por ahora, poco más o menos, lo que ya conocíamos allá arriba. Pero falta dar más baños de revelado.

—¿Y las fotografías?

—Están trabajando en las ampliadoras a grandes formatos. En esto es en lo que más confiamos.

—¿Ya habéis verificado los cálculos y pruebas atmosféricas?

—-No tengo todavía los resultados, señor... ¡un momento! ahora me traen algo de eso.

El general Donovan cesó de preguntar y fijó su atención en la pequeña pantalla del fonovisor. Ante él apareció la escena que tenía lugar en el despacho del coronel Barton.

Un ayudante entregaba a aquél unas notas, con estas palabras:

—Coronel, éstas son las comprobaciones atmosféricas.

—Gracias, Mitty. ¿Han revelado algo nuevo?

—No me atrevería a decir que hayamos descubierto algo totalmente nuevo, pero sí distinto.

—¿Qué quiere decir?

—El aire, señor. Allá arriba ya observé algo raro en su composición. Ahora lo he vuelto a comprobar. Es más limpio que aquí.

—Aclare esto, Mitty, por favor.

Y dirigiéndose al fonovisor, preguntó:

—¿Está siguiendo nuestra conversación, general ?

—Sin perder una sílaba, coronel—respondió el interrogado por el altavoz—. Sigan, por favor, sigan.

A una seña de Barton, el ayudante Mitty prosiguió su informe, poniendo esta vez cierto énfasis en sus palabras.

—Verán, señores: los edificios y vías urbanas fotografiadas y filmadas, parecen muy semejantes, por no decir idénticas, a las de la Tierra, a las de Nueva York, Chicago, Pittsburg, pongamos por caso, ¿no es eso?

—Cierto—afirmó Barton—, continúe.

—Pues bien, el aire en nuestras ciudades, tiene una cantidad de impurezas de un orden más elevado que el aire que tomamos de muestra en nuestro viaje.

—¿Cómo es eso?—interrumpió desde su micrófono, el general Donovan.

—Está libre de toda impureza, es un aire totalmente aséptico, señor.

—¿Está usted seguro?—volvió a preguntar el general.

—¡Completamente, señor! Es un fenómeno al que primeramente no quise darle toda la importancia que tenía, hasta estar bien seguro.

Se produjo un breve intervalo de silencio, mientras Barton daba una nueva ojeada a las notas que le había pasado Mitty. Todavía dubitativo, preguntó: —¿Entonces, usted opina...?

—Que el aire que tomamos como muestra en nuestro viaje, no tiene parecido alguno al de ninguna ciudad importante de la Tierra. Podemos asegurarlo, señor.

La voz del general Donovan se oyó de nuevo:

—Coronel Barton, acelere todos los trabajos restantes, tome todos los resultados obtenidos hasta este momento y venga a mi despacho. Al menos ya tenemos algo positivo que decir al Estado Mayor—luego añadió—. Enhorabuena por ese informe, Mitty. No te demores, Roberto.

—Gracias, señor.

—A la orden, señor.

Fueron las palabras que cerraron aquella curiosa entrevista.

* * *

—Pásele esta tarjeta, por favor. Estoy seguro que me recibirá.

El coronel Morgan, ayudante personal del general Donovan, sonrió al visitante, y le aclaró:

—No tengo inconveniente en hacer lo que me indica, señor Kent, pero, créame, no es éste el momento de entrevistas. ¿No podría esperar?

—Me arriesgaré a una negativa, coronel.

—Como usted quiera.

Y con un aire resignado de quien lo ha intentado Mayor—luego añadió—: Enhorabuena permiso y entró en el despacho de su superior.

El general Donovan y el coronel Barton estaban inclinados sobre unos papeles y unas fotografías. Hacía tan sólo unos minutos que Barton había llegado, y los dos hombres, excitados, estaban enfrascados en el estudio de cuanto había traído el coronel.

El ayudante esperó a que advirtieran su presencia.

—¿Qué hay de nuevo, Morgan?—interrogó el general al reparar en su subordinado.

—Es para el coronel Barton, señor. Se trata de James Kent, el periodista de la TV 40.

—¿Qué quiere ese hombre, Morgan?—tronó el general.

—-Ver al coronel, señor. Tiene un interés extraordinario en hablar con usted, Barton. Me ha asegurado que si le pasaba su tarjeta le recibiría.

—Sí, creo que le debemos unos minutos—repuso Barton.

—Pero, ¿ahora, con todo esto en medio?-—interrogó el general.

—Sí, es por esto precisamente, por lo que viene Kent a vernos.

—Barton, oye un consejo: no dejes que los periodistas metan sus narices en este asunto, antes de hora. Te arrepentirás si no lo haces.

—Este es distinto, señor—terció Morgan—. Recuerde mi informe de esta mañana. Ustedes quizá no lo sepan, pero James Kent es el único periodista que no ha dicho que el viaje espacial ha sido un fracaso.

Barton corroboró lo manifestado por el coronel Morgan.

—Me consta que eso es cierto, Morgan. Aunque brevemente, pude darme cuenta de ello ayer, al llegar aquí desde el aeropuerto.

—¿Qué le digo entonces, señor?—preguntó el coronel Morgan, dirigiéndose a su superior.

—Dígale que pase, Morgan—decidió el general—. A ver si al menos podemos contar con un amigo que nos apoye.

A los pocos segundos James Kent entraba en el austero despacho del general.

El coronel Morgan dejó solos a los tres hombres y no pudo enterarse de lo que hablaron, tras aquella puerta a prueba de ruidos. Por eso prestó una gran atención cuando, al cabo de una hora larga, se abrió de nuevo.

El periodista fue acompañado hasta el mismo dintel por el general, y el coronel Barton aún avanzó unos pasos con él hasta mediado el despacho del coronel ayudante. Este pudo oír claramente cuando Kent decía:

—Coronel, creo que no está todo perdido, ni mucho menos. En la ampliación de esas fotografías está la clave. Vayan preparándolas, mientras yo doy con ese hombre. Aunque tenga que remover todo el mundo, daré con él. ¡Hasta mañana!

Y estrechando fuertemente la mano de Barton, el dinámico

periodista abandonó a grandes zancadas aquel despacho con un:

—Gracias y hasta pronto, coronel Morgan.

CAPÍTULO III

Está usted segura de lo que dice, señorita?

—Sí, señor.

—Entonces, ¿el señor Kent no está en la ciudad?

—Exactamente, señor. No me pregunte dónde, porque no lo sé, pero marchó a primera hora de hoy, en cuanto yo entré de servicio.

—¿Y no sabe usted quién podría darme alguna noticia más ?

La encargada de las comunicaciones visofónicas de la emisora TV 40 quedó indecisa un momento.

—Ahora recuerdo que el señor Kent estuvo ayer muchas horas en el archivo. Voy a pasarle la comunicación allí, coronel Barton.

—Gracias, señorita—respondió el aludido.

Hacía muchas horas, desde el día anterior al mediodía, que Barton no tenía ninguna noticia del periodista. No confiaba gran cosa en lo que éste trataba de averiguar, pero, su largo silenció le extrañaba y le hacía estar más intranquilo.

—«¿Y si estuviera tras de algo positivo?»—se preguntaba más de una vez.

En la pequeña pantalla del fonovisor, apareció el rostro de una linda señorita, y su voz preguntó un tanto alterada:

—¿Pregunta usted por ese Kent, señor? Ya quisiera yo saber dónde está para decirle lo que se merece. Eso es.

—¿Qué le ocurre, pues, para estar tan alterada?—interrogó, intrigado Barton.

—No quiera usted saber. James Kent nos lleva de cabeza a todos, desde ayer a mediodía. Siete personas hemos estado trabajando para él horas y horas oyendo cintas magnetofónicas, pasando películas y viendo fotografías. ¿Y qué le parece a usted? Cuando encuentra lo que busca, sale disparado sin dar siquiera las gracias.

Al oír la última parte de la larga perorata, Barton se animó a preguntar:

—¿Y qué estaban buscando, si puede saberse?

—No sé qué de un viejo sabio. Un chiflado que dice algo sobre que hay mundos gemelos... Si usted hubiera visto... en cuanto ese Kent oyó por el altavoz eso de los gemelos y vio en la pantalla la cara del viejo, exclamó un: «¡Ya lo tengo!» que a poco derriba este edificio.

—¿Y luego, que pasó?—volvió a preguntar Barton, quien seguía embelesado el relato y los gestos de la muchacha.

—Salió disparado de aquí y nos dejó a todos con tres palmos de narices y todo esto tan liado, que tardaremos tres días en ponerlo en orden.

—Gracias, señorita... Una pregunta más, por favor. ¿Sabe si dejó algún recado para mí, antes de marchar? Me llamo Barton, coronel Roberto Barton.

—Ahora que lo dice usted, creo recordar haber oído algo de un coronel. Fue algo así como esto: «¡Ojalá llegue antes de que el coronel tenga que hablar, o informar...!» ¿Le sirve de algo esto, señor?

—Desde luego, señorita, muchas gracias.

Cortando la comunicación, el coronel Barton pensó que, efectivamente, aquello le servía. Al menos le indicaba que la idea que perseguía Kent conducía a algún sitio y que ya estaba en camino de descubrirlo. Quizá fuera aquello el complemento de lo que él había descubierto.

Porque ellos también habían hecho progresos y aunque no podían calcular la magnitud de los mismos, aquella misma mañana se lo habían comunicado al general en su despacho.

—Estos son los resultados de nuestras últimas investigaciones, señor.

Y al decir esto, Barton extendió ante el general Donovan una serie de fotografías y unas cuartillas con apretadas anotaciones y fórmulas matemáticas.

El general miró detenidamente las fotos y con ayuda de un lente de aumento que le entregó Barton, fue siguiendo los puntos de interés que éste le señalaba.

—Observe esas diferencias, señor. Los edificios, parecen terrícolas, pero hay en ellos algo distinto que no podemos precisar... Lo mismo ocurre con el paisaje, las autopistas, los ríos..., parecen nuestros, pero hay algo en ellos....

—Parecen más rectos, más perfectos, más fríos. Todo esto me da una impresión de cosa fría.

Barton y su ayudante Blake cambiaron entre sí una mirada. Aquello mismo habían pensado ellos. El coronel mostró entonces una última fotografía.

—Vea estos hombres, señor. Son como nosotros. Son gentes que van y vienen por las avenidas de una ciudad.

-—Sí, comprendo. Pero dan la misma sensación de frío que las

fotos restantes.

El general Donovan volvió a estudiar cuantos materiales le habían traído sus subordinados y al final, pidió:

—Vamos a ver, Barton, repitamos una vez más los movimientos de la astronave BA2-34. Yo mismo resumiré los hechos.

—Sí, señor. Le sigo.

—En síntesis fue esto, ¿verdad?—preguntó el general—. La aeronave salió de la atracción terrestre, y navegó por la ruta prevista hasta llegar a la zona de atracción del planeta Astero. Ya en su órbita, se realizaron las tareas de investigación. Tras de ello, la BA2-34 escapó de aquella atracción y tras navegar en sentido inverso, encontró la atracción de la Tierra, entró en ella y aterrizó. ¿Cierto?

—Así fue, señor.

—¿Todo funcionó bien a bordo?

—De eso estamos seguros... Sin embargo, todo esto...—exclamó Barton, señalando fotos y papeles.

—Esto, Barton, pueden ser hombres, edificios, ciudades, autopistas de la Tierra, cierto. Pero, también pueden ser algo distinto, algo que ni soñamos siquiera. En todo caso, no podemos hablar de fracaso, ¿estamos?

—No comprendo, señor...—balbuceó Barton.

—Pues está claro, muchacho. Si esto es la Tierra, no es el Continente Americano, ni nada conocido por nosotros. Esa sensación de frío, de uniformidad no la dan nuestros hombres, ni nuestras ciudades..., hasta aseguraría que ni siquiera ningún territorio de nuestra Federación Mundial. Al menos, públicamente. Esto es algo oculto, desconocido para nosotros...

Un largo y espeso silencio siguió a las palabras del general Donovan. Cada uno de los tres hombres se enfrascó en sus más íntimos pensamientos, pero todos conducían a un mismo punto: ¿Qué se ocultaba tras todo aquello?

El general rompió el silencio, para preguntar:

—¿Y ese periodista, ese Kent, ha dicho algo más?

—No, señor. Ahora trataré de localizarle.

Y entonces fue, cuando Barton trató de averiguar dónde estaba James Kent. Una vez averiguado, sólo cabía hacer una cosa: esperar.

* * *

El turbomóvil dio unas cuantas sacudidas y quedó detenido en medio del camino.

—¿Qué pasará, ahora?—exclamó el conductor, saltando al pavimento.

Se acercó a la parte trasera del vestíbulo y levantó el capot para examinar el motor. Del interior de los asientos se oyó una voz:

—¿Es algo grave, señor Kent?

—No sé, profesor. No soy un gran experto en averías, pero veré lo que se puede hacer.

—Yo tampoco puedo ayudarle—exclamó el pasajero—. Mis conocimientos en esta materia también son nulos.

Y así, de aquella manera, quedaron detenidos en su carrera contra reloj, el profesor Fraser y el comentarista de la TV 40, James Kent. Todo cuanto había hecho el periodista por ayudar a aclarar un misterio, quedaba de aquella forma paralizado.

Desde el día anterior, desde la misma hora en que se, había despedido del coronel Barton, todos los movimientos del James Kent habían sido una lucha contra el tiempo que le iba pisando los talones.

Movilizando a todos los elementos del archivo de la emisora TV 40, había dado al fin con lo que buscaba: la entrevista que años atrás realizara con un desconocido sabio a quien nadie había hecho caso.

Desde que aterrizara la astronave BA2-34 y el coronel Barton le contase brevísimamente las primeras impresiones de las pruebas obtenidas durante el viaje, en la mente de Kent, fue tomando cuerpo una idea fija: recordar el nombre de un viejo sabio y lo que había dicho. Porque todo ello, aunque de una forma subconsciente, el periodista lo asociaba con el caso de la BA2-34.

Por eso, cuando dio con el expediente que buscaba y supo quién era y dónde podía encontrar a su hombre, no lo pensó un solo instante, tomó el primer turbomóvil que encontró a mano en el garaje de la emisora y se lanzó por la autopista más rápida al encuentro del viejo sabio.

La entrevista con el profesor Fraser fue breve y concisa.

El sabio se encontraba enfrascado en la lectura de un gran legajo de papeles. Desde hacía veinticuatro horas no cesaba de escuchar y ver en el aparato de TV comentarios y especulaciones sobre el viaje de la BA2-34.

Y en cuanto oyó la primera información y pensó en la similitud con sus propias teorías, sacó del archivo sus olvidados

estudios y comenzó a repasarlos de nuevo.

Así lo encontró Kent, y cuando el periodista, sin más preámbulos, le espetó:

—Profesor Fraser, creo que necesitamos de usted y de sus conocimientos.

El profesor, sin inmutarse, archivó todos sus papeles en la primera carpeta que le vino a la mano, y dijo al visitante:

—Cuando usted guste, estoy a su disposición.

—Vamos pues, no hay tiempo que perder. Abajo tengo un turbomóvil esperando.

Una vez acomodados en el vehículo, vinieron las presentaciones y los comentarios sobre lo que les interesaba a ambos de aquel asunto. A los pocos minutos se dio cuenta Kent de lo acertado de su corazonada.

Por eso estaba tanto más disgustado por la avería sufrida en aquel preciso instante, cuando deberían estar en el Cuartel General de Operaciones Espaciales.

—Usted no se mueva, profesor—di i o el periodista—. Cerca de aquí debe de haber una estación de servicio. Me llegaré hasta allí y veremos qué pueden hacer.

Y tras el asentimiento del profesor, James Kent echó a andar, esperando que la providencia le ayudase en forma de un vehículo que le llevara más rápidamente al centro de reparaciones.

* * *

El rumor de las conversaciones en voz baja fue cortado súbitamente, cuando hicieron su entrada en el salón de sesiones los tres protagonistas de la operación «Hot-Dog»: el general Donovan, el coronel Barton y el comandante ayudante Blake.

Todos los presentes—generales representantes del Consejo de Guerra, Pentágono y Estado Mayor Conjunto—saludaron a los recién llegados con muestras de simpatía, lo que no fue obstáculo para que el presidente de la reunión—viceministro de operaciones espaciales—dijese al abrir la sesión:

—Caballeros: Un motivo muy serio nos reúne aquí en este momento. Esta es una reunión muy diferente de la que habíamos esperado. Todos conocen la gravedad de la situación y la primera información suministrada por el coronel Barton

El vice-ministro se dirigió al aludido y preguntó:

—¿Ha progresado algo más en sus investigaciones, coronel?

—No mucho, ésa es la verdad, pero hay algunas novedades que quisiera someter a la consideración de ustedes.

—¡Veámoslas, Barton!—exclamó el ministro.

Y el coronel Barton fue mostrando a los reunidos las películas, las fotografías y los estudios y cálculos verificados, sobre las pruebas atmosféricas y meteorológicas obtenidas en el viaje de la BA2-34 y que tan sólo hacía una hora había dado a conocer al general Donovan.

Barton fue asaeteado a preguntas por todos los presentes, quienes martilleaban una y Otra vez sobre las mismas dudas, adentrándose en la oscuridad de aquel círculo vicioso al que se había llegado.

¿Era la Tierra lo fotografiado? ¿Era el planeta Astero?

Y junto a la sospecha de un fracaso en la empresa de descubrir y abordar nuevos mundos, se filtraba la más angustiosa de que fuera en este mundo, en otro continente, donde estuviese fraguándose el peligro que los presentes creían tan remoto.

Quizá algún estado belicoso estaba preparando un plan secreto de ambición y dominio.

Barton consultó el reloj por enésima vez y volviéndose a su ayudante, se lamentó:

—No comprendo este retraso. Ya deberían estar aquí.

—No se impaciente, coronel—comentó, tranquilizador, Blake—. Sólo hace media hora que salió el helicóptero.

Efectivamente, ese tiempo hacía que había despegado un helicóptero para recoger al profesor Fraser y al periodista Kent.

Al fin éste había podido establecer contacto con el coronel y de acuerdo con el general Donovan, les habían enviado un aparato militar. Kent había informado a Barton de lo hablado con el profesor y de lo que podía llegar a ser la solución de todas las dudas y vacilaciones.

No habían comunicado a nadie todavía la existencia del profesor Fraser y su posible implicación en todo aquel asunto. Creyendo obrar mejor por la sorpresa, habían preferido esperar la llegada del sabio para introducirlo en la reunión y que allí explicase sus teorías.

Pero aquellos hombres tardaban demasiado y los reunidos comenzaban a tomar partido para adoptar una decisión. Una vez dicha la última palabra, sería muy difícil el volver a reconsiderar la cuestión.

Y aquella última palabra podía ser decisiva para el resultado de la operación «Hot-Dog», si no, para el futuro de la humanidad.

El coronel Barton se hallaba en este grave punto de sus reflexiones, cuando notó una ligera presión en su brazo y un memorándum con unas notas garrapateadas rápidamente, cayó ante su vista.

Sin que nadie se hubiese apercibido, un oficial de enlace, había entrado de la habitación contigua y había llegado a su lado.

Barton lanzó un suspiro de satisfacción y pasó la nota al general Donovan que estaba a su izquierda. El general la leyó y haciendo una seña al presidente, tomó la palabra:

—Caballeros: tengo que comunicarles una noticia. En la habitación de al lado se encuentran dos hombres a los que creo debemos escuchar: El profesor Paul Fraser y el periodista James Kent.

Un coro de murmullos se alzó entre los reunidos. ¿Quiénes eran aquellos hombres? ¿Qué tenían que ver con el asunto debatido? ¿Había perdido la cabeza, Donovan? ¿Un periodista en una reunión como aquélla?

—Calma, señores, calma—apaciguó el general Donovan con un movimiento de manos—. No conozco a ninguno de estos dos hombres, pero quiero que sepan una cosa: el señor Kent es el único periodista en todo el continente que no cree que hayamos fracasado en nuestra expedición a Astero. Así es, señores, y cuanto dice lo funda precisamente en los estudios y teorías del profesor Fraser, a quien él mismo, personalmente, ha ido a buscar.

—Pero, general—objetó el viceministro—, convendrá conmigo que la presencia entre nosotros de un periodista, aun tratándose del señor Kent, a quien reputo como un gran amigo, pudiera parecer un trato de favor.

El coronel jefe de Relaciones Públicas acudió en ayuda del viceministro:

—Hemos de tener en cuenta, caballeros, la cantidad de informadores que están esperando en la sala de Prensa contigua el resultado de esta reunión. Necesitamos de todos en estos momentos.

—Está bien, señores—concedió el general Donovan—. Veamos a estos amigos, demos las gracias al señor Kent y que pase donde están sus compañeros. Entonces que el profesor Fraser nos hable de sus cosas.

Así se hizo. El profesor Fraser quedó reunido con los militares, y aunque la noticia ya se había filtrado hasta la sala de Prensa, cuando James Kent hizo su entrada donde estaban sus compañeros, fue ametrallado a preguntas, materialmente estrujado entre todos los que querían saber cosas.

Como pudo, soslayó toda respuesta comprometedora, lo que aumentó la confusión de los presentes.

—Dejadle, amigos—exclamó despectivamente Robert Crane, el rival de Kent desde la TV 96, y el periodista que con más saña había combatido y criticado el viaje de la BA2-34—. Este anda metido hasta el cuello en todo este fracaso.

—¿Qué quieres decir con eso, Crane?—interrogó un veterano fotógrafo—. Kent es un hombre honrado.

—Sí, no lo niego. Pero el único que ha hablado en favor de Barton y de su fracasada aventura. El sabrá por qué lo ha hecho.

Aquellas palabras, dichas además con una acentuada carga de odio, hicieron estremecer a todos los presentes. Los más cercanos a Kent comenzaron a separarse de él, acompañando sus movimientos de miradas hostiles.

La tensión fue rota por alguien que informó desde la puerta:

—¡Eh, amigos, hay novedades! ¡Acaban de pedir todo el expediente de los sabotajes contra la BA2-34!

—¿Lo de los hombres autómatas-teledirigidos ?—preguntó una voz.

—¡Eso mismo!—contestó el informante.

—¡Atiza!

—Pero, ¿qué pasa aquí? ¡Yo no me entiendo!

La sala de Prensa se convirtió de pronto en una especie de jaula de locos. Los murmullos fueron, subiendo de tono, hasta convertirse en un griterío ensordecedor. Todos hablaban a la vez, reclamando noticias, quejándose unos a otros de la falta de información.

De pronto se abrió la puerta que daba acceso a las oficinas interiores del Cuartel General y en el marco se encuadró la figura del coronel Jefe de Relaciones Públicas.

—¿Qué ocurre, coronel?

—¿Qué pasa con tanto misterio?

Los más cercanos a la puerta fueron los primeros en disparar preguntas.

El coronel hizo una seña y como por ensalmo cesaron todas las voces y ruidos.

—Caballeros, en los últimos sesenta minutos han llegado a nuestro poder informes de tal importancia que hacen cambiar todo el aspecto que ofrecía la operación «Hot-Dog» y el viaje espacial de la BA2-34. En este momento se está procediendo a un amplio y minucioso estudio de la situación, a la vista de cuantos elementos

disponemos.

El coronel hizo una breve pausa y concluyó:

—No puedo decirles más. Sólo les pido que tengan preparados todos sus medios de información para mañana, a las doce de la mañana. Una alta autoridad del continente informará a ustedes y al pueblo de todo cuanto hemos descubierto. Muchas gracias, señores.

Y antes de que nadie pudiera reaccionar, el coronel jefe de Relaciones Públicas desapareció por la puerta que, rápidamente, se cerró tras él.

La gran incógnita del viaje espacial de la BA2-34 seguía en pie

CAPÍTULO IV

Por eso creemos que nuestro continente, que todo el mundo terrestre se encuentra en la mayor encrucijada de su historia. Nos encontramos, amigos, ante la duda más atormentadora que un hombre puede plantear a otro hombre: los seres humanos de Astero, según las últimas noticias y teorías, son idénticos a nosotros en forma, pensamiento y acción. La duda es ésta: esos seres, ¿querrán ser nuestros amigos, o nos recibirán como enemigos?

La pantalla del televisor daba la imagen del Presidente del continente americano con toda nitidez, por ello era posible ver las pequeñas arrugas que surcaban la frente del primer magistrado del país y que aumentaban el dramatismo de sus últimas palabras.

—Sabemos que debemos llegar hasta allí—siguió diciendo la imagen—, debemos de dar este paso decisivo, pues somos los que primero descubrimos ese mundo nuevo y nuestra es por tanto la responsabilidad. Ahora bien, permitidme que el cuándo y el cómo se realice ese viaje constituye todavía un secreto para todos, hasta para mí mismo. En estos momentos, los más altos jefes militares, el gobierno en pleno y los representantes diplomáticos de otros continentes se hallan reunidos…

—De forma que todavía no han decidido nada. ¡Y llevan reunidos más de doce horas!

La voz del coronel Barton dominó toda la estancia, impidiendo seguir escuchando el discurso del Presidente.

—Calma, muchacho, tranquilízate—apaciguó el general Donovan—. Ten en cuenta que una decisión así no se toma en una hora. Hay que considerar muchas cosas, medir muchas posibilidades…

—Cariño, estás nervioso. Lo que te hace falta es un poco de descanso.

La voz de Petula Barton sonaba acariciadora, como si intentase envolver a su marido con un manto de ternura y suavidad.

Del fondo de la habitación se oyó la voz de James Kent:

—Eso es lo que nos hace falta a todos: descanso. Pero, ¿quién es el guapo que descansa estando por medio un lío como éste? Después de todo ya debe faltar poco para el final. ¿No cree, general?

—-Sí, es cierto. No creo que tardemos mucho en saber la decisión del gobierno.

La voz de Petula, con una observación al parecer baladí, distendió la tensión de todos.

—Pensar que ayer a estas horas estábamos tan abatidos por el fracaso...

Aquello era cierto, pensaron todos. Ahora estaban inquietos ante la inseguridad de una acción inminente. Sus nervios eran como un muelle de acero, tenso, pronto a dispararse. Pero habían olvidado que ayer eran poco menos que unos fracasados.

El coronel Barton recordaba claramente cómo ocurrió todo, cómo la llegada de Kent con el profesor Fraser había dado completamente la vuelta a una situación insostenible.

Recordaba claramente la entrada de los dos hombres.

—Caballeros—había dicho con su natural desenvoltura el dinámico James Kent—, aquí les traigo, al hombre que puede resolver todas las dudas. Escúchenle, por favor, pues cuando les diga lo que sabe, encontrarán recompensado el tiempo que empleen en oírle.

Y como adivinando lo de que de un momento a otro podrían indicarle, en el colmo de la discreción concluyó:

—No estaría bien que yo oyese lo que aquí se trate. Por ello les ruego me perdonen si les abandono. Hasta luego, señores.

El general Donovan en persona había acompañado a Kent hasta la puerta.

—Gracias, Kent. No olvidaremos esto, esté seguro.

—De nada, señor. Sólo deseo un puesto en la primera astronave que salga para Astero.

—Si es que sale alguna, cuenta con ello—repuso, medio sonriendo, el general.

Cuando éste volvió a la reunión, el profesor Fraser estaba examinando unas fotografías.

—Hay que felicitar a los fotógrafos y al laboratorio—exclamó admirado—. A esa altura han hecho un trabajo perfecto. ¿Tienen el resultado de las pruebas atmosféricas?

—Aquí están, profesor—y el coronel Barton le pasó un montón de cuartillas repletas de logaritmos.

El profesor fue revisando detenidamente todos los datos que le suministraban. Contempló varias docenas de fotografías, visionó centenares de metros de película y lanzó sobre Barton multitud de preguntas.

Todas las personalidades allí reunidas, totalmente ajenas a donde les conduciría aquel hombre, contemplaban silenciosos las

manipulaciones, movimientos y preguntas del extraño hombrecillo.

La pequeñez de su tamaño y su aparente timidez, parecía que iban desapareciendo a medida que avanzaba en sus trabajos. Hasta pareció rejuvenecerse de verdad cuando, dirigiéndose por primera vez a todos los reunidos, exclamó:

—Créanme, caballeros, si les digo que en este momento me he quitado veinte años de encima. Los mismos que han transcurrido desde el día que llegué a la conclusión de que en el sistema del Aster había un planeta habitado por seres humanos como nosotros.

—¿Cómo?

—¿Qué dice este hombre?

—¿Luego era cierto?

—¡Eso es imposible!

Las exclamaciones de todo tipo: dudosas, alarmadas, incrédulas fueron aumentando en volumen, hasta alcanzar esa tonalidad que más parecía asamblea de dementes que reunión de ilustres autoridades.

El general Donovan y el coronel Barton cruzaron sus miradas en silencio y un chispazo de alegría brotó de sus ojos. ¡No habían fracasado!

Dominando a duras penas la caótica situación de aquella reunión, el viceministro se dirigió al profesor Fraser:

—Esperamos, profesor, que pueda aclarar un poco más esa afirmación.

—Con mucho gusto, señor.

Y tomando su vieja cartera extrajo un manojo de papeles. Los fue distribuyendo sobre la mesa al tiempo que decía:

—Les agradecería que leyeran esto. Como verán es muy breve y si entre ustedes, como supongo, hay algún astrónomo, lo comprenderá fácilmente. De todas formas nos ahorrará muchas palabras.

Los asistentes leyeron lo que se les ofrecía y el asombro más absoluto fue dominando a todos. El primero en reaccionar fue el general Donovan.

—Desde luego, a partir de los atentados contra nuestros hombres, bases y aeronaves de la operación «Hot-Dog», siempre creímos que al llegar a Astero nos enfrentaríamos con unos seres dotados de una inteligencia y un sentido privilegiado, pero nunca creí que nos las tuviéramos que ver con hombres como nosotros.

—Pues así es, general—repuso tranquilamente el profesor.

—Pero esas palabras—preguntó el viceministro—, ¿están más o menos avanzados que nosotros?

—Quizá sea aventurado el afirmarlo, pero a la vista de los datos que me han suministrado, creo que están en un estado algo más avanzado que nosotros.

—¿No está seguro de ello?—preguntó un general del Estado Mayor.

—No, señor. Tenga usted en cuenta que, debido a la incomprensión de todos a cuantos me dirigí con mis teorías, hace años que abandoné los estudios sobre el planeta Astero.

—Entonces, ¿en qué funda usted sus ideas? —volvió a preguntar el mismo general.

—En unos profundos y dilatados estudios de toda la constelación de Aster. Toda ella es semejante a la nuestra. Y en particular, el planeta Astero tiene una similitud total con la Tierra: tamaño, forma, movimientos... Ello me hizo sospechar la posibilidad de una vida como la nuestra.

—¿Y ahora...?—interrogó el viceministro.

—Los estudios realizados por el coronel Barton y las muestras obtenidas en su viaje, me han confirmado en mis creencias. Créanme, señores, ese viaje de la BA2-34 ha sido una cosa fantástica. Sus resultados son verdaderamente sorprendentes.

—Perdone que insista en mis dudas, profesor —aclaró el viceministro—, pero es algo fundamental para proseguir nuestros trabajos. ¿Cómo serán esos hombres? ¿Cuál será su organización?

El murmullo de voces que siguió a aquellas palabras dio una clara idea de lo acertado de las mismas. Esas eran las cuestiones que abrumaban a todos los presentes.

—El contestar a esas preguntas es muy difícil, señores. Máxime cuando ustedes no quieren especulaciones, sino que desean afirmaciones que les permitan poner en marcha un dispositivo de invasión, que contenga la máxima seguridad de éxito. ¿No es eso?

Un silencio glacial siguió a aquellas palabras.

—Admitamos que así fuese—dijo el político.

—En esas condiciones no puedo ayudarles. —exclamó el profesor—. Yo soy un científico, no un hombre de acción. En esta ocasión me muevo sobre supuestos, no sobre realidades tangibles. Yo puedo asegurarles una cosa: en As tero hay hombres como nosotros; respiran, comen y beben como lo hacemos en la Tierra. En una palabra: son nuestros semejantes.

El profesor Fraser hizo circular su mirada entre todos, tomó

aliento y prosiguió:

—La forma en que desenvuelvan esa vida, lo adelantados que se encuentren en armas y defensas, depende de cómo hayan sabido organizarse. Y eso nunca lo sabremos completamente hasta que los conozcamos de cerca.

—Entonces, ¿usted aconseja un viaje a Astero con su correspondiente desembarco?

—Desde un punto de vista científico no sólo lo aconsejo, sino que lo creo indispensable.

—¿Y desde otro punto de vista?

—Eso es ya cuestión de ustedes, del gobierno; no sé de quién.

Llegado a aquel punto de la conversación, intervino el general Donovan. Se estaba ya llegando al momento de la decisión final y era el más indicado para intervenir.

—Vamos a ver, profesor: Supongamos ya organizado el primer viaje. Usted naturalmente iría en él. Aconséjenos, ¿qué sería mejor? ¿Decidir desde aquí el punto de destino o decidirlo a la vista del terreno?

El profesor se quedó un momento pensativo y contestó con otra pregunta:

—¿Debo entender que la astronave que nos transportase llevaría aparatos, medios de investigación y capacidad de maniobra para que fuera posible todo ello?

—Admitamos que sí—se atrevió a aventurar el general.

—No, mejor todavía—afirmó el viceministro—, cuente usted con el más adelantado de los ingenios astronáuticos, el personal más competente y... los medios de defensa más eficaces.

El profesor miró a los dos hombres que le habían hablado. Aquello era lo más fantástico que jamás soñara escuchar. Y parecía que ya lo veía todo a su disposición.

Entonces se acordó del coronel Barton, le buscó entre los presentes y su mirada, brillante por la emoción de aquel momento, se clavó en las pupilas del hombre que había estado al borde de su verdad. Le sonrió como en una muda invitación y le dijo:

—Me embarcaría con gusto, acompañado de ese grupo selecto de hombres y mujeres, y una vez cerca del planeta Astero, con los últimos estudios a la vista, decidiría. Desde aquí, señores, es imposible aventurar nada, sin temor a un ro-tundo fracaso.

La tensión quedó rota. Un suspiro de alivio escapó de todas las gargantas y las palabras comenzaron a fluir en boca de todos.

Ya se tenía una base para el estudio y la decisión. Lo que

quedaba por saber era cuál sería ésta.

*   *   *

—Querido, ¿te has quedado dormido?

La voz de su esposa volvió a la realidad al coronel Barton.

—No. Me he quedado transpuesto. En verdad estaba abstraído recordando todo lo ocurrido ayer. Estaba pensando qué decidirán.

—¿Te gustaría estar allí, en medio de las discusiones?

—A medias. Sufriría más todavía.

—¿Crees que el profesor Fraser les convencerá?

—Sí, de eso no me cabe la menor duda. Ayer nos dijo su última palabra.

—¿Y cuál es?—preguntó Petula.

—La de que si no vamos a Astero, ellos pueden venir a la Tierra.

—¡Oh, no!—exclamó Petula, alarmada.

—Sí. Ya lo hicieron una vez. ¿Lo has olvidado?

—¡Nunca lo olvidaré! Por eso tengo horror ante ese pensamiento.

—Por eso mismo. Cuando anoche Fraser hizo pedir todo el expediente sobre los atentados de Astero, supe que la partida estaba ganada. ¡Se irá al planeta Astero, no lo dudo!

—¿Te gustaría ir, Roberto?

—¿Y a quién no, señora Barton?—se oyó decir a James Kent.

El periodista y el general Donovan habían permanecido durante todo aquel tiempo alejados de la pareja, charlando en un rincón de la estancia.

Kent había sondeado al general sobre las posibilidades de ir él en el supuesto viaje a Astero.

—Recuerde, general, que me lo prometió como una recompensa a mis buenos servicios— le había dicho medio en broma, medio en serio.

—Ya lo he indicado, Kent. Y lo volveré a hacer en cuanto regrese a la reunión.

—¿Por qué no se quedó allí, señor?—se atrevió Kent a preguntar.

Era aquella una pregunta que le bailaba por la punta de la lengua, desde que al llegar a casa de Barton se encontró con que el general estaba allí, cuando todo el mundo le suponía reunido en consejo con el profesor Fraser.

—Por él—dijo señalando a Barton—, sigo siendo el general de operaciones espaciales. Cuando decidan algo en concreto seré yo quien se haga cargo de la operación. Pero he puesto una condición: me han de dar el nombre de quién mandará la expedición. Quiero que lo elijan ellos, yo no quiero estar presente, no quiero coaccionar a nadie.

—Cada vez le admiro más, general—concluyó, sin poderse contener, el periodista.

En aquel momento comenzó a zumbar el monitor del visófono de sobremesa. El general pulsó un botón y en la pequeña pantalla se reflejó el rostro de su coronel ayudante.

—El comandante general quiere hablarle, señor. Paso la comunicación.

Y cuando la faz de la máxima autoridad militar quedó encuadrada en el pequeño rectángulo, el general Donovan, instintivamente, se puso en pie.

—A sus órdenes, señor.

—Donovan—se oyó claramente en toda la estancia—. Ya hemos tomado una decisión y vamos a comunicarlo dentro de unos momentos. Sería conveniente que estuviera con nosotros.

Y de paso, tráigase a Barton con usted. Al fin y al cabo ustedes dos van a ser los responsables del próximo viaje a Astero.

Cuando se cortó la voz y la imagen, Petula y Barton estaban abrazados fuertemente. El general Donovan contenía a duras penas la emoción, y a Kent le cayó el vaso de whisky que tenía en la mano.

Petula, abrazando con fuerza a su esposo, dirigió una mirada a su padre. Dos gruesas lágrimas resbalaron por sus mejillas.

La angustia y la esperanza iban a comenzar de nuevo.

CAPÍTULO V

Las órdenes que referentes a aquel punto había dado el Presidente, habían sido tajantes.

—La misión que les lleva hasta Astero debe de ser una embajada de buena voluntad. Pero, no lo olviden, deben de estar dispuestos, ir por tanto preparados para resolver con éxito cualquier contingencia. Hagan todos los preparativos pensando en estas dos posibilidades.

Así se había hecho y ahora, tras muchos meses de preparación, la monumental astronave surcaba el espacio infinito, camino de su objetivo.

Nada se había escatimado para lograr aqueja maravilla de la ingeniería espacial. Ni se habían regateado materiales, ni habían dejado participar en la empresa cuantos hombres fueron necesarios. Y, como en tantas otras con- contingencias de interés o peligro colectivo, la participación de los hombres de otros continentes dio a aquella expedición una repercusión mundial.

Ahora sólo faltaba que el cielo protegiese a quienes se aventuraron a cruzar los espacios en una empresa de tal magnitud.

—Nos acercamos al objetivo, señor.

La voz surgió en el altavoz del fonovisor instalado en la mesa de despacho del coronel Barton.

—¿Cuántas horas faltan para llegar al punto de lanzamiento?—preguntó Barton por el micrófono.

—Tres horas, señor—le respondieron.

—Está bien. Avisen al profesor y a los miembros del Estado Mayor. Dentro de cinco minutos quiero hablarles en la sala de conferencias.

Unos segundos más tarde, los altavoces situados por los pasillos, cuartos y salas de oficiales, repetían la llamada:

—¡Atención, atención! Profesor Fraser, profesor Fraser... Atención, oficiales de Estado Mayor... Reúnanse inmediatamente en la sala de conferencias.

El eco fue perdiéndose por los corredores de la enorme astronave y también salió por el altavoz del cuarto que habían destinado al periodista James Kent.

Este se encontraba en mangas de camisa, sentado delante de una mesa, sobre la que descansaba un magnetófono. La cinta magnética rodaba incesantemente, mientras grababa cuanto decía él mismo,

ante un diminuto micrófono que llevaba a su camisa, como si fuese una insignia.

—A medida que nos aproximamos a la hora decisiva—decía en aquel momento Kent—, van tomando mayor celeridad los trabajos preparatorios del desembarco.

«Como ya hemos comunicado en anteriores crónicas, los tres pisos de que se compone la astronave, bautizada con el nombre de «Bello Horizonte», cumplen unas misiones distintas.

»Y la forma semicilíndrica de ésta, hace que cada uno de estos pisos tengan casi idénticas dimensiones: 300 metros de largo por ochenta de ancho, con una altura de cuarenta metros. La dotación, tropas y viajeros de «Bello Horizonte» compuesta por cuatro mil cuatrocientos hombres y seiscientas mujeres, hacen de esta astronave una auténtica ciudad espacial.

»E1 piso inferior es donde están situadas las rampas de lanzamiento de los “superbólidos”, unas pequeñas aeronaves capaces para transportar de diez a quince hombres y que disparadas a intervalos de dos minutos entre sí, constituirán una especie de escuadrilla de comandos. La primera de estas escuadrillas estará compuesta por...»

El periodista se dio un golpe en la frente, queriendo recordar la cifra olvidada y paró el magnetófono.

—¡Maldita memoria!—exclamó, mientras revolvía unos papeles con anotaciones que tenía sobre su mesa—. ¡Aquí está!

Ante su vista apareció una fotografía de uno de los «superbólidos». Tenía la forma de una zapatilla con una longitud de diez metros y un diámetro de tres. A los lados, sujetos con unos gruesos tubos de duraluminio, corrían paralelos unos enormes cilindros en forma de obús que tenían todo el aspecto de unos flotadores.

En verdad tenían una misión similar, pues no eran otra cosa que los turborreactores que impulsaban las grandes velocidades de los «superbólídos» y servían al mismo tiempo como tren neumático de aterrizaje y deslizamiento.

Debajo de la imagen habían anotados unos datos que el periodista procuró grabar en su mente.

«Superbólido de la primera flotilla de desembarco, compuesta por cuatro unidades. Capacidad de dotación: doce hombres. Total dotación primera flotilla: cuarenta y cuatro hombres. Entrará en acción dos minutos después de la hora H. Sorteo de tripulantes, una hora antes.»

En aquel momento el altavoz de órdenes de la, habitación dejó

oír la voz del locutor:

—Atención todos los tripulantes, atención. Va a hablarles el coronel Barton.

A continuación se oyó la voz del coronel, velada por la emoción:

—Amigos, nos encontramos cerca del objetivo. Vamos llegando al lugar donde la astronave «Bello Horizonte» debe de detener su marcha para lanzar los «superbólidos» de desembarco. Ellos constituirán nuestra avanzadilla, y tras el resultado de esta operación seguirán o no otros desembarcos. Como todos saben, son cuarenta y dos los tripulantes que irán en esta primera expedición y serán designados por sorteo. Ruego a todos que permanezcan donde están, cerca de un altavoz para poder conocer el resultado. Muchas gracias.

James Kent había escuchado con toda atención el breve discurso de Barton y cuando acabó no pudo por menos que exclamar:

—¡Esto no me lo pierdo! Necesito ver las caras de todos cuando llegue el momento. Especialmente la de Fanny Thompson.

Al pensar en la joven periodista, representante del «Herald» en aquella expedición, una especie de extraña inquietud se apoderó de Kent.

Fanny y él hacía mucho tiempo que habían sido muy amigos, incluso se supuso por todos que aquello acabaría en boda. Sin embargo, tras una temporada de salir siempre juntos y no poder trabajar el uno sin el otro las actividades de cada cual, comenzaron a distanciarlos y las relaciones sentimentales se fueron enfriando, quedando tan sólo una buena amistad.

Ahora, el encuentro en la astronave y la inminencia de desconocidas aventuras y peligros, parecía que había despertado en ellos algo que creían dormido.

Kent tomó apresuradamente la guerrera, de su uniforme de corresponsal, salió al pasillo y se lanzó a todo correr hasta alcanzar la sala de Prensa, una espléndida cafetería, que era el lugar de reunión, no sólo de periodistas de todas clases, sino de cuantos elementos no militares, ni científicos—políticos, economistas, sociólogos—, tomaban parte en la expedición.

Cuando llegó allí, el locutor iba anunciando los últimos nombres:

—Profesor Basary, capitán Tamar, periodista Robert Crane…

El aludido dio un salto en su asiento. Los hombres que estaban a su lado le estrecharon la mano con seriedad. No se sabía qué hacer en un momento así, si felicitar o lamentar la suerte del elegido. La

providencia lo decidiría.

Cuando acabó la lista, la voz del locutor indicó:

—Todos los pasajeros designados deben presentarse en el puesto de mando de la tercera galería, piso inferior, donde recibirán instrucciones. Utilicen los ascensores 17, 21 y 23 que les situarán a la puerta del puesto de mando. No se demoren.

Junto con Crane se levantaron tres hombres más y una mujer: era Fanny Thompson.

—Bueno, seré la primera mujer que verá a los hombres de Astero. ¡Cómo me envidiarán mis amigas!

Al cruzarse con Kent toda la alegría que intentaba aparentar con aquellas palabras se desmoronó un poco.

—Acabamos de encontrarnos y ya tenemos que separarnos—comentó la muchacha, añadiendo—: Espero que no será por mucho tiempo.

James Kent tomó la mano que Fanny le tendía y se la estrechó con fuerza. Luego, en un rápido impulso, la atrajo hacia sí y abrazándola suavemente la besó en la mejilla. La rubia cabellera de la joven cubrió casi todo el rostro del periodista, mientras éste susurraba:

—Te seguiré en la próxima expedición, cariño mío.

—No me dejes allí sola, querido—concluyó ella, desasiéndose poco a poco de su abrazo.

—¡Vamos, Fanny, dentro de unas horas estaremos todos juntos de nuevo!

La figura de Robert Crane se situó junto a la pareja. Tomando por el brazo a la muchacha, Crane se dirigió a su eterno rival:

—Confía en mí, Kent. Cuidaré de ella.

El joven periodista miró a su antagonista y en vez de la eterna mueca de cinismo y resentimiento, vio en su rostro una expresión de serena amistad.

—Hasta la vista, Kent—exclamó tendiéndole la mano—. Allá abajo nos veremos.

—Suerte, Crane—repuso Kent, estrechando su mano.

Kent quedó en el umbral de la sala hasta que perdió de vista la rubia cabellera de Fanny Thompson, mientras se acentuaba el silencio que quedó en la cafetería, tras la salida de los elegidos.

* * *

En la sala de lanzamientos los cuatro superbólidos estaban a

punto. En la cabina de mando de cada aeronave, el piloto ya ocupaba su puesto. Frente a los superbólidos se alineaban los que componían cada dotación. Fanny Thompson era la única mujer que tomaba parte en aquella expedición.

En aquel momento se encontraban escuchando las últimas instrucciones del jefe de operaciones. Todos permanecían atentos a las palabras del militar, totalmente apercibidos de la trascendencia del momento.

—Sólo les pido, una vez más, que obedezcan las órdenes del jefe de cada astronave y todas las que a cada momento les demos desde aquí. No sabemos qué protección podremos prestarles en cuanto salgan de aquí, ya que ignoramos el recibimiento que les espera. Y en caso de ataque, no sabemos con qué tipo de enemigo y qué clase de armas tendremos que habérnoslas y nos aguardan.

Un ligero escalofrío recorrió la espina dorsal de todos los designados. Aun cuando todos sabían los riesgos que les esperaban desde el momento de su embarque en «Bello Horizonte», la inminencia de la acción decisiva ponía una nota más dramática en aquel intento.

Fanny Thompson pensó en James Kent. Fue un pensamiento súbito, totalmente involuntario.

—«Si al menos estuviera aquí—pensó—. Quizá su sola presencia me haría estar más tranquila. ¿Me estaré enamorando?»

Todos los pensamientos fueron cortados por las últimas instrucciones.

—... desde aquí controlamos todos los movimientos, tanto de los superbólidos como del planeta Astero. Por eso deben obedecer ciegamente nuestras órdenes. Ellas serán su mayor protección. Y ahora, colóquense los cascos de protección y enlace.

Y situándose cerca de su boca el micrófono que enlazaba con el circuito de toda la astronave, preguntó:

—Puesto de mando, llama sala de lanzamientos. ¿Listos para despegar?

—¡Listos!— resonó por los altavoces y en los auriculares de cada casco individual.

—Puesto de control, llama sala de lanzamientos—volvió a preguntar el jefe de operaciones—. ¿Listos para el despegue?

—¡Listos!—se oyó de nuevo a otra voz.

—Ha llegado el momento, señores. Vayan ocupando ordenadamente sus puestos... ¡Que Dios les proteja!

Tras cada jefe de grupo, las dotaciones de los superbólidos

fueron entrando en el que les había sido designado.

Todos iban enfundados en un «mono» de fibraplasto térmica, una tela ligera, que se adaptaba al cuerpo como un guante y permitía una gran libertad de movimientos al mismo tiempo que lo mantenía a una misma temperatura.

Pese a que la atmósfera se sabía era como la de la Tierra, cada uno llevaba a la espalda una pequeña mochila con una reserva de oxígeno concentrado, que recibiría automáticamente conforme el aire se fuese enrareciendo a través de un tubo conectado al casco protector. Este era de aluminio y plástico transparente, de gran visualidad, y en su interior, además del tubo de respiración, llevaba un equipo de comunicación de un enorme radio de acción.

—¡Todos en sus puestos!—se oyó decir a cada jefe de superbólido, en cuanto se hubo cerrado la escotilla tras el último tripulante.

El jefe de lanzamientos ordenó:

—«Super» número uno, ¡adelante!

La pequeña astronave designada dejó escapar un poco de gas, al tiempo que una especie de rugido salía de sus toberas. Se levantó unos centímetros del suelo, gracias a sus patinadores de aire comprimido, y sobre aquella especie de colchón se fue deslizando silenciosamente hacia la pared.

Un poco antes de que la astronave llegara hasta allí se oyó de nuevo la voz de mando:

—¡Abran compuerta estanca número uno!

En la pared se dejó ver un hueco por el que desapareció rápidamente el superbólido, cerrándose tras él la corrediza puerta metálica. Uno tras otro, los tres vehículos restantes fueron ocupando sus rampas de lanzamiento.

—¡Preparados para el lanzamiento!—exclamó la voz del director de la maniobra.

—Aquí, puesto de mando, ¡adelante!

—Aquí, puesto de control, ¡adelante!

—Lista rampa número uno... Tres..., dos..., uno..., cero. ¡Lancen!

Mirando el reloj y dejando pasar dos minutos, la voz repitió de nuevo:

—Lista rampa número dos... Tres..., dos..., uno..., cero. ¡Lancen!

Así, uno tras otro, fueron lanzados los cuatro superbólidos que constituían la primera expedición al planeta Astero.

Y en cuanto surgieron al infinito, fueron seguidos desde el

puesto de control y el de mando.

—¡Ahí van!—señaló el coronel Barton.

—Ahora no debemos perderlos de vista un solo instante. Todo cuanto ocurra nos será de gran utilidad conocerlo al menor detalle —manifestó el profesor Fraser.

Se encontraban en el puesto de mando. En la pared se veía una enorme pantalla de teleradar que permitía contemplar una amplia zona del espacio. Esta se reflejaba con tal nitidez que más bien parecía una ventana abierta al infinito.

—Llevan una buena velocidad—comentó Barton—. Si siguen así, dentro de diez minutos habrán llegado al objetivo.

Efectivamente, a una velocidad supersónica, los cuatro bólidos iban devorando distancias tremendas. Colocados escalonadamente uno tras otro, vistos desde la pantalla, componían y descomponían las más diversas figuras, según fuera el ángulo de toma del teleobjetivo que los seguía en todo su vuelo.

—¡Ya varían de rumbo!—exclamó el profesor Fraser.

—¡Deben haber divisado algo interesante! —repuso Barton.

Simultáneamente a estos comentarios, por el altavoz se dejó oír la voz del jefe de control.

—¡Atención, coronel Barton! Los «super» han variado de rumbo. Parece que se dirigen a un lugar fijo que no podemos precisar todavía. Estamos oteando todo el espacio tratando de localizar ese objetivo.

Desde el puesto de control no sólo se podía seguir visualmente la marcha de las pequeñas astronaves, sino que podía otearse todo el espacio, merced a la acción simultánea de diez teleobjetivos que no dejaban de funcionar. Diez pantallas de teleradar colocadas en cuadro multiplicaban o ampliaban extraordinariamente las imágenes obtenidas.

Además de esto, la comunicación audiovisual con cada superbólido hacía que el control sobre cada fase de la operación fuese total.

—¡Atención, coronel Barton! Llama puesto de control.

—Adelante, puesto de control.

—Hemos establecido contacto audiovisual con superbólidos. Ya están en formación de aterrizaje. Han divisado una ciudad y el «super» número uno va a iniciar el descenso.

—¿Ven ustedes esa ciudad?—preguntó Barton

—Todavía no, señor, pero no tardaremos en verla. El «super» número uno nos va situando la posición y nuestro teleradar va

avanzando en esa dirección para encontraría.

El profesor Fraser se levantó de su asiento, contempló la pantalla en la que sólo se veían los cuatro superbólidos que iban tomando las posiciones de aterrizaje o espera, y dijo:

—Coronel Barton, creo que estaríamos mejor en el puesto de control. Además, desde allí también puede usted dirigir la maniobra.

El aludido se volvió hacia el profesor, éste vio la tensión que reflejaba el rostro y todo el cuerpo del militar y desvió la mirada hasta el comandante Blaque, que había seguido la conversación en silencio.

—¿No le parece, comandante?—inquirió de éste, en busca de asentimiento a su proposición.

—No sería mala idea, coronel. Podríamos trasladar allí todo el equipo en un momento.

Barton asintió al fin.

—Oiga, Grover, háganos sitio ahí. Vamos a trasladar el puesto de mando a ese control.

—¡Encantado, coronel! ¡Vengan pronto, pues estamos a punto de alcanzar el objetivo!

El traslado se efectuó con gran rapidez. Por el camino, deambulando como si se hubiera extraviado por aquel dédalo de corredores y ascensores metálicos, encontraron a James Kent.

—¡Hombre, coronel Barton, cuánto me alegro de verle! ¿No podría decirme lo que pasa? Ando buscando un sitio desde donde ver algo.

—¿No funciona el teleradar de la sala de Prensa 1—preguntó el comandante Blaque.

—Funcionar, sí funciona, pero aquello no da idea de nada. ¿No podría estar con ustedes? Me gustaría ver cómo aterriza esa Fanny Thompson y conquista a todos los asteronianos.

Barton, Blaque y el profesor cambiaron una mirada entre sí, mientras seguían andando a buen paso,

—Bien, Kent, venga con nosotros. Pero de todo esto ni una palabra.

—¡Mirar y callar, de acuerdo!—respondió el periodista y siguió en silencio a la comitiva.

Cuando entraron en la sala del puesto de control, las miradas de todos se dirigieron al panel de pantallas. Estas diez habíanse convertido en una sola, y lo que vieron les dejó boquiabiertos.

—¡Ahí está, coronel! ¡Una ciudad del planeta Astero!—informó Grover, el comandante jefe de control.

—¡Fantástico!—murmuró Kent.

—¡Mi teoría se ha confirmado plenamente! —pudo exclamar el profesor Fraser.

El coronel Barton contempló atentamente todo lo que reflejaba la gigantesca pantalla.

—¿Qué aventuras y peligros nos aguardarán en ese planeta?

CAPÍTULO VI

Han localizado la ciudad, comandante?—preguntaron del superbólido número uno.

Aquello rompió el encantamiento en que todos habían quedado contemplando lo que reflejaba la enorme pantalla del teleradar.

—Sí, capitán. Hemos localizado la ciudad —contestó el comandante Grover—. La estamos contemplando perfectamente. Es una cosa fantástica, ¿no cree?

—Así me lo parece—respondió el capitán piloto del primer superbólido—. Es la más grande que hemos encontrado. Puede decirse que hemos circunvalado todo el planeta y no hemos visto otra igual.

En verdad que lo que habían descubierto sobrepasaba cuanto habían imaginado. Aquella ciudad había superado en muchos años al tiempo terrestre, tanto en lo referente a urbanización como al trazado de autopistas, carreteras y hasta calles urbanas.

Vista desde lo alto semejaba un descomunal plano, perfectamente dividido en macizos rectangulares que debían ser edificios y que se extendían monótonamente hasta perderse de vista fuera del objetivo.

Aquello debía de ser una mastodóntica urbe, mucho más extensa y poblada que lo podía ser Nueva York, Londres, Moscú o Tokio.

Anchas avenidas separaban lo que parecían bien delimitados distritos, y lo que más llamaba la atención era el nutrido movimiento de puntitos que debían ser vehículos «terrestres» y aéreos, pues mientras unos quedaban perfectamente situados dentro de las separaciones de bloques urbanos, otros de esos puntos se pasaban una y otra vez sobre los mismos bloques.

Aquello distinguía notoriamente la existencia de automóviles y aviones o helicópteros. La simple visión en la pantalla, pese a lo aumentado de la proyección, no podía precisar tipo y velocidad de aquellos vehículos.

Pero una cosa quedaba visible: mientras había zonas que estaban saturadas de aquellas masas de puntos, otras permanecían totalmente vírgenes de ellos. Era como si sectores enteros de la ciudad careciesen de la menor comunicación.

—Necesitamos conocer más detalles de todo esto—manifestó el coronel Barton—. ¿Están funcionando los tomavistas y las cámaras fotográficas?

—Sí, señor—respondió el comandante Grover—. No creo que tardemos en obtener las primeras pruebas. Voy a averiguarlo.

Y pulsando un interruptor del panel visofónico conectó con el laboratorio.

—Aquí laboratorio, a sus órdenes—se oyó por el altavoz.

—Le habla el comandante Grover. ¿Están trabajando con las pruebas fotográficas?

—Así es, señor. Hace cinco minutos que nos han pasado las primeras tomas de esta ciudad. Todo lo tomado anteriormente ya está listo, tanto fotografías como películas.

El profesor Fraser se mostró interesado por aquellas manifestaciones.

—¿Me permite que hable con el jefe de laboratorio?—preguntó, añadiendo—: Así haremos tiempo hasta que estén preparadas esas fotografías.

—No faltaba más, profesor—contestó el comandante Grover y dirigiéndose al fonovisor, informó—: Barens, póngase al habla con el profesor Fraser, quien desea hacerle unas preguntas.

—A la orden, señor.

—Amigo Barens—comenzó diciendo Fraser—, ha dicho usted que ya tiene listo todo lo fotografiado anteriormente a la ciudad. ¿Se refiere usted a lo que han ido enviando por teleradar los superbólidos mientras buscaban la ciudad más grande de Astero?

—Eso mismo, señor.

—¿Tendría algún inconveniente en irlas pasando ante el objetivo del fonovisor? No todas, sólo las que le parezcan a usted más distintas entre sí.

Los presentes se acercaron al panel del fonovisor para ver lo que aparecía en la pequeña pantalla.

—Créanme, amigos—dijo el profesor—, lo que veremos tendrá un interés extraordinario.

Ante la pequeña pantalla comenzaron a proyectarse fotos fijas de ríos, lagos, pueblecillos pequeños diseminados en medio de amplios valles o perdidos en lo alto de las montañas, hasta rudimentarios vehículos de anticuada tracción.

Más que fotografías tomadas en un planeta desconocido, aquéllas parecían vistas de ignorados rincones de la Tierra, en donde la civilización no ha desarrollado todo su poderío. De ahí las dudas después de la primera expedición de la BA2-34.

La exhibición de fotografías quedó cortada y en la pantalla del fonovisor apareció en su lugar el rostro de Barens, el jefe del

laboratorio.

—Perdón, señores, pero es que ya tengo dispuestas las fotografías de la ciudad y sus alrededores. ¿Quieren que se las envíe?

—Envíelas en seguida, Barens—respondió el coronel Barton en persona. Y dirigiéndose al profesor se excusó—: Perdone, profesor, pero es que del resultado de esas fotos depende el aterrizaje de los superbólidos.

—No faltaría más, coronel. Estoy tan impaciente como usted por que comience ese desembarco.

El jefe de control se puso en contacto con las pequeñas astronaves.

—¡Atención, superbólidos, atención! Estén prevenidos para el aterrizaje. Dentro de unos momentos comunicaremos a ustedes el plan de operaciones.

Un enlace trajo las fotos solicitadas. Estaban reproducidas en cartones de gran tamaño, y mientras las colocaban en unas grandes guías situadas expresamente en una de las paredes, el periodista James Kent preguntó al profesor Fraser:

—¿Ha visto algo importante en esas fotografías, profesor?

—Pues, sí, amigo Kent. Todas ellas eran muy interesantes. Su importancia no la veo clara todavía, pero pueden ser un magnífico complemento de las que vamos a ver ahora.

—Vendrán a ser una cosa así como la comparación entre la ciudad y el campo; el progreso y el estancamiento; la civilización y el atraso... ¿no es eso, profesor?—preguntó, incisivo, el periodista.

—Algo de todo eso, amigo Kent. Pero, por favor, vamos a ver esas fotografías, que es lo que más nos interesa en este momento.

Las fotografías habían sido colocadas unas al lado de otras, de manera que formaban como una gran perspectiva de un lado de la ciudad y un aeródromo situado cerca de ella.

Las vistas aéreas, aunque tomadas también en el mismo sentido perpendicular que las imágenes del teleradar, ampliaban notablemente los detalles. Ello permitió el comprobar la primera apreciación sobre el tránsito de vehículos aéreos y terrestres.

Tanto los automóviles como los aviones y helicópteros, hasta lo que podía identificarse como personas, circulando en enormes cantidades, lo hacían utilizando tan sólo algunas zonas, dejando otras totalmente huérfanas de todo movimiento.

—Creo que aquí pueden aterrizar en perfectas condiciones, ¿no creen ustedes?—preguntó el coronel Barton, señalando el

aeródromo.

—Esta pista transversal tiene la longitud necesaria—indicó el jefe de lanzamientos—-, y además es la menos utilizada, al parecer.

—¿Qué opina usted, profesor?—interrogó todavía Barton.

—Técnicamente saben ustedes más que yo de esto. De todas formas, lo de menos es dónde se puede, aterrizar, sino cómo se pueda hacer, ¿no creen?

Como otras tantas veces, las palabras del profesor, por lo realistas y concretas, sembraron el desconcierto entre los presentes. Todo ello porque aludía a la evidencia que todos querían apartar de sus pensamientos: que estaban jugando entre la vida y la muerte en la incógnita de un recibimiento.

—Calculen la posición y comuníquenla a los superbólidos. Vamos a salir de dudas de una vez —ordenó Barton.

Se pesó la situación del aeródromo como se había ordenado, y las pequeñas astronaves se alinearon para el descenso.

—¡Todo listo para el descenso, comandante! —se oyó decir al piloto del primer superbólido, a través del altavoz de control.

Ese sería el que rompería la marcha. Una tras otra, el resto de astronaves, repitieron la consigna.

El comandante Grover miró al coronel Barton como interrogándole. Este hizo una lenta inclinación de cabeza. El comandante se acercó al micrófono de mando.

—¡Atención a todos los puestos de control! Vamos a dar la orden de descenso a los superbólidos. Estén prevenidos para seguir visual y acústicamente todo cuanto ocurra... Las cámaras de filmación que no pierdan detalle de nada. ¡Atención!

Grover dejó transcurrir unos segundos y con una seña, cedió el micrófono al jefe de lanzamientos. Este sólo dijo:

—¡Adelante!

El superbólido número uno inclinó el morro y se lanzó como un rayo hacia abajo. Justo dos minutos después, lo hacía el segundo y con el mismo intervalo de tiempo lo hicieron los dos restantes.

—¡Allá va, amigos!—se oyó decir por el altavoz al piloto del primero.

Todas las miradas se concentraron en la pared que contenía las pantallas de teleradar. En lugar de ocupar toda la gran pantalla con una sola toma de conjunto, se había dividido en ocho pantallas más pequeñas. Cuatro estaban destinadas a reflejar los movimientos de cada superbólido. Otras cuatro lo estaban destinadas para reproducir lo que el teleradar de cada astronave transmitiese. De

esta forma se obtendría una visión simultánea de todas las facetas de la operación.

Por ser el que más cerca estaba del objetivo, todos permanecían pendientes de la marcha del superbólido número uno. La pantalla que lo seguía, ofrecía un paso de centella aproximándose cada vez más a Astero. Por la pantalla de su teleradar ya se precisaban hasta los edificios de los aeródromos.

A los pocos segundos todo se fue agrandando y el superbólido número uno, se posaba en tierra. Fue resbalando sobre sus almohadillas de aire y antes de detenerse del todo, se abrió una de las escotillas superiores y apareció Robert Crane con una bandera norteamericana en una mano y la de la Federación de Continentes Terrestres en la otra.

—¡Hurra!—exclamó una voz en la sala de control.

—¡Lo hemos conseguido!—pareció contestarle desde el «super» número uno el piloto del mismo—. ¡Ya estamos aquí, ya estamos aquí! ¿Qué ocurrirá ahora?

Y al mismo tiempo ocurrió lo inesperado.

Por la pantalla se vio avanzar hacia el superbólido a una larga fila de soldados formando un círculo que se estrechaba cada vez más rodeando al aparato. Avanzaban hombro con hombro, apercibidas sus armas, una especie de brillantes pistolas ametralladoras y protegidos desde atrás por una serie de altas torres metálicas movibles y provistas de pequeños cañones.

Nadie de dentro del superbólido se había dado cuenta de aquello, hasta que lo tuvo encima.

—Insensatos! ¿Qué van a hacer? ¡No salgan! ¡Vuelvan aquí!

La voz del capitán piloto se dejó oír como un grito desesperado. Al mismo tiempo vieron por la pantalla cómo Robert Crane, con sus dos banderas, seguido de otros dos hombres, saltaban al suelo y corrían agitando los brazos hacia los soldados.

Una descarga de luces azuladas salió de las armas de los soldados más cercanos y los tres hombres cayeron fulminados. Las banderas seguían fuertemente apretadas en las manos del periodista. El cerco se fue estrechando cada vez más. La voz del piloto se oyó de nuevo.

—¡Estos vienen por nosotros!

—-¡Hagamos fuego, capitán! ¡Defendámonos! —se oyó a otra voz desde el interior del super-bólido.

Pero antes que se hubiesen podido decidir, de una de las torres, salió el disparo de uno de los cañoncitos. Fue una luz violeta que,

como una barra de hierro al rojo vivo, pasó rozando el fuselaje del superbólido. Aquello lo mismo podía ser un disparo de advertencia, que un error de puntería.

Las armas del superbólido hicieron fuego, al mismo tiempo que a los altavoces de control de «Bello Horizonte» llegaba la voz del capitán piloto:

—¡Vamos a defendernos, coronel!

Todo el fuselaje del superbólido se convirtió en un inmenso nido de ametralladoras, desde el que se disparaban balas de todas clases: de acero, térmicas, electrónicas, semiatómicas, que fueron acribillando a las fuerzas atacantes.

—Grover, dé la orden de repliegue. ¡Que vuelvan a la base todos los superbólidos!—gritó el comandante Barton—. ¡Preparen las rampas de recuperación! ¡Estén listos para la defensa!

James Kent hubiera querido desaparecer de allí en aquel momento. A su lado se agitaban todos los hombres en una u otra actividad. Las voces de mando se confundían con las instrucciones de estilo castrense, secas y autoritarias, y docenas de manos manipulaban en otros tantos botones y palancas de los paneles de control.

El periodista hubiera querido hacer una pregunta que le llenaba de angustia. No habiendo visto la distribución de pasajeros, desde que entró en el cuarto de control deseaba preguntar en qué superbólido se había embarcado Fanny Thompson. Ahora era ya tarde para hacer aquella pregunta.

Volvió la vista a la pantalla de radar en el preciso momento que se desintegraba el primer superbólido, cosido a cañonazos desde las torres metálicas que le rodeaban.

La voz del jefe de control llegó hasta Kent monótonamente.

—¡Atención, superbólidos! ¡Regresen inmediatamente a la astronave...! ¡Atención, superbólidos! ¡Regresen inmediatamente a la astronave!

Pero la orden llegaba un poco tarde. El superbólido número dos, ya cercano al aeródromo y habiendo iniciado la marcha para el aterrizaje, no pudo rehacer la maniobra y se precipitó sobre el campo. Antes de que pudieran abrir una sola escotilla, le rodeaba un verdadero enjambre de torres metálicas, amenazándole con sus pequeños, pero mortíferos cañones.

A los pocos segundos se dejó de tener comunicación con aquel superbólido. La tripulación había roto, sin duda, todos los aparatos de a bordo y poco después se entregaba prisionera.

Al mismo tiempo, sin que se viera exactamente de dónde venían, por los lados del superbólido número tres, comenzaron a estallar granadas antiaéreas. El «super» esquivó como pudo la primera andanada, pero de pronto se le vio estallar en pleno vuelo de retirada, desintegrado en el aire por la cortina de fuego de Astero.

—Sólo queda el cuarto superbólido, coronel.

—¿Se salvará éste al menos?—preguntó, desalentado Barton.

—Parece que sí. Vea la pantalla. El fuego antiaéreo va quedando muy lejos y el mismo cuatro se acerca a toda marcha.

—¿Tienen preparadas las rampas de recuperación ?

—Sí, señor.

—¿Y la cortina defensiva?

—Todo está a punto, señor.

—Vamos a recibir a los supervivientes.

Excepto el jefe de control, todos los demás siguieron al coronel Barton, camino del piso superior, pues al contrario que el lanzamiento, la recuperación se verificaba desde allí.

Antes de llegar a la nave de recuperación, oyeron la buena noticia por los altavoces.

—¡Atención! ¡Se ha recuperado el superbólido número cuatro! Todos sus tripulantes sin novedad.

Al mismo tiempo se oyó una nueva voz, era la del jefe de operaciones de defensa:

—¡Lancen cortinas de protección!

Pasados unos segundos la astronave «Bello Horizonte» se perdería en medio de una barrera invisible que la protegería como si se tratase de una muralla de acero de un kilómetro de espesor. Se trataba de una cortina de polvo radiactivo que desintegraría todo cuanto lo cruzase. Aquélla era una de las armas que los terrícolas poseían en su lucha contra Astero.

Cuando el coronel Barton y sus acompañantes llegaron hasta el superbólido número cuatro, los tripulantes estaban fuera del aparato. Lo que más destacaba de todos ellos era una cabellera rubia y hacia ella se lanzó James Kent.

—¡Qué horrible, querido!—exclamó Fanny entre sollozos, refugiándose en los brazos del periodista.

—¡Todo ha pasado, pequeña! ¡Por favor, cálmate!

El capitán piloto de la cuarta astronave se acercó a Barton y le saludó militarmente.

—Sin novedad, mi coronel.

Este abrazó fuertemente al piloto y repitió el abrazo con todos los tripulantes.

—Volveremos, ¿verdad, señor?—preguntó el capitán piloto—. ¡Esto no debe quedar así!

—¿Qué opina usted, profesor ? ¿Dónde podremos intentar otro aterrizaje?—-preguntó Barton.

—¿Un aterrizaje de qué tipo, coronel? ¿Pacífico o bélico?

—Quiero aterrizar y cumplir la misión que se nos ha encomendado. A las buenas o a las malas—replicó Barton.

—Entonces, aunque usted sin duda, ya lo sabe, permítame que le diga lo siguiente: a las buenas, el aterrizaje cerca de una gran ciudad es lo mejor. Pero..., ya ha visto el resultado. A las malas, siempre hay que buscar el punto más vulnerable. ¿No cree, coronel?

—¿Y cuál será ese punto más vulnerable, profesor?

—Verá, coronel. Estos desaparecidos superbólidos en su primer viaje de exploración, han obtenido unas fotografías de bosques, ríos, pueblecillos, que son una maravilla, ¿recuerda? Hace un rato usted no les ha hecho mucho caso, ¿quiere que ahora les demos un vistazo? Allí puede que haya algún punto vulnerable.

CAPÍTULO VII

El camino aparecía completamente desierto.

Antes de adentrarse en el bosquecillo describía una ligera curva, lo que impedía ver cuánto quedaba atrás.

La muchacha avanzaba canturreando. Llevaba al brazo un cesto con víveres que, seguramente, había adquirido en el pueblecillo vecino.

Al seguir la curva de la carretera algo o alguien le obstruyó el camino. La joven ahogó un grito y se tapó los ojos como para no seguir viendo aquella visión.

Ante ella, como una aparición fantasmal, se hallaba un extraño individuo. Estaba plantado en mitad del camino. Vestía un brillante y ajustado «mono» de fibroplasto de un color terroso con grandes manchas verdosas que se camuflaban con el paisaje circundante.

La cabeza iba enfundada dentro de un casco de acero y plástico que deformaba su aspecto, haciéndole semejante a una rana, y en sus manos destacaba un ametrallador térmico de cañón corto.

—¿Dónde va usted?—oyó la muchacha que le preguntaba el hombre, dejando oír su voz a través de un pequeño altavoz que llevaba en su casco.

—Ahí, a esa casa.

—¿Vive usted en ella?

—Sí..., señor.

—¿Quién más está ahí dentro?

—Nadie más que yo. Vivo sola.

El intruso la contempló detenidamente.

—¿Cierto que vive usted sola?—preguntó, desconfiado.

—Sí. No hay nadie más, de verdad.

El enmascarado levantó una mano y la agitó en el aire. Al momento unos hombres vestidos como él se deslizaron del bosquecillo al camino y, corriendo agazapados, fueron a situarse cerca de la casa.

—Vamos, siga adelante. Vaya directamente a la casa y entre —ordenó a la mujer—-. No haga ningún movimiento, ni dé voces y todo irá bien. No queremos hacerle daño.

La joven siguió su camino andando con ligereza y el enmascarado quedó unos pasos atrás.

Mientras andaban así fue dándose cuenta de cómo era la muchacha. Aparentaba unos veinte o veintidós años. Alta, de formas bien delineadas y un aire atlético, semejaba una estatua griega. Vestía una corta faldita que le dejaba al aire piernas y parte de los muslos. Un ajustado corpiño sin mangas que le destacaba el busto y dejaba desnudos sus brazos y espalda, contribuía aún más a esta idea.

Su piel morena, muy bronceada y el negro pelo cortado muy corto, acentuaba sus rasgos jóvenes y fuertes. Sin ser una belleza, era una mujer de un gran atractivo, lo que no pasó desapercibido para su aprehensor.

Cuando llegaron a la casa, el enmascarado se adelantó. La muchacha ya había abierto la puerta, pero el hombre le cerró el paso diciendo:

—Un momento…, por favor. Ahora luego entrará usted.

Y haciendo una seña a sus hombres, que permanecían invisibles les ordenó que se acercaran. Se destacaron dos enmascarados más. Ambos iban vestidos como el que los mandaba, pero uno de ellos llevaba a la espalda una pequeña mochila.

Este quedó al lado de su jefe, mientras el otro entraba en la casa para realizar una inspección. Al cabo de un par de minutos, apareció en el dintel anunciando:

—Ahí dentro no hay nadie. ¿Qué hacemos? —preguntó.

—Tú, quédate a la puerta. Entraremos nosotros dos con la muchacha. Los otros que se queden vigilando.

—Está bien. Avise si necesita alguna cosa. Los dos indicados entraron en la casa, cerrando la puerta tras ellos. La muchacha quedó un momento indecisa, sin saber qué hacer. Miró al hombre que la detuvo, como pidiéndole instrucciones. Este se dio cuenta y le pidió:

—Llévenos a una habitación que tenga una ventana, por favor. Y usted haga su vida normal.

—Pasen por aquí.

La muchacha atravesó un largo corredor y abrió la puerta que aparecía al fondo. Una amplia habitación que servía de comedor se ofreció ante ellos. El jefe indicó a su acompañante la mesa del comedor.

—Prepáralo todo en seguida—le apremió.

El otro se descolgó la mochila y desenfundando un aparato radio-emisor lo colocó sobre la mesa. Instaló encima una pequeña antena y conectó un diminuto micrófono. Tras manipular

brevemente con los mandos, miró a su jefe.

—Ya están a la escucha.

El que mandaba las fuerzas se desajustó el casco, se lo quitó y lo dejó sobre la mesa. Tomó el micrófono y, comenzó a hablar.

La muchacha, que no había abandonado la estancia y contemplaba, absorta, todos los movimientos de sus aprehensores, vio cómo aquel hombre se quitaba el casco y ahogando un grito de asombro, balbuceó para sí:

—¡Oh...! ¡Este hombre no es como nosotros!

* * *

En el puesto de control de la «Bello Horizonte» se seguía con todo interés lo que iba proyectándose en la pantalla del teleradar. Las cámaras habíanse colocado al máximo potencial de sus objetivos, para no perder detalle de cuanto ocurriera en Astero.

El día anterior, una vez recuperado el superbólido número cuatro, tras el trágico final de la primera expedición, se había reunido la plana mayor de operaciones a escuchar el informe del capitán piloto del superbólido salvado y estudiar las acciones futuras.

El informe del piloto fue conciso, pero interesante.

—No me apercibí de nada hasta que estuve encima mismo del peligro. Cuando vi cómo las granadas estallaban en torno al «super» número tres, comprendí que la cosa no marchaba. Entonces oí la orden de regresar y comencé la maniobra de retroceso.

Como recordando algo olvidado hasta aquel momento, agregó:

—Por cierto, que en medio de todo aquel jaleo interceptamos un radiomensaje de Astero. Decía algo sobre un ataque de los rebeldes...

Aquellas palabras, dichas como de pasada, interesaron vivamente al comandante Stuart, Jefe de los servicios de inteligencia.

—¿Cómo ha dicho usted, capitán? ¿Un ataque de los rebeldes ? —preguntó.

—Sí, algo parecido.

—Vamos a ver, haga un esfuerzo y recuerde cuanto pueda.

—Trataré de hacerlo, señor.

—Ese mensaje, ¿era una llamada, o una comunicación?

—Más bien parecía una comunicación. Era parte de un relato. Parecía como si dieran cuenta de un suceso.

—Y. coincidió con el momento del ataque a nuestros superbólidos. ¿No es eso?—preguntó de nuevo el jefe de espionaje.

—Eso es. Yo creo que comencé a oír palabras sueltas antes de que me apercibiese del ataque y escuchar la orden de regreso, pero no pude apreciar lo que decían hasta más tarde.

—Entonces, ¿no sería nada extraño que el ataque rebelde a que aludía el mensaje fuese la aparición y aterrizaje de nuestros superbólidos?, ¿verdad?

La última pregunta, más que al capitán piloto, estaba dirigida a todos.

La deducción del jefe de los servicios de inteligencia les enfrentó con un nuevo aspecto de la cuestión. El mismo comandante Stuart, siguió manifestando su idea.

—Sería interesante especular un poco sobre esto, caballeros. ¿No creen?—y ante el silencio expectante de los demás, prosiguió—: Supongamos que ahí abajo, como tantas veces en nuestro planeta, se encuentran en una revuelta. Hay un grupo rebelde que, por la causa que sea, se opone al gobierno. Al ver llegar a nuestras aeronaves, creen que es un ataque rebelde y nos atacan. La cosa puede ser bastante verosímil, ¿no les parece?

—Sí, no está mal pensado—aprobó el coronel Barton—. Al fin y al cabo, no tuvieron tiempo de identificar a nuestros hombres.

—Pero, ahora, ya sabrán quiénes somos. Las declaraciones de nuestros hombres, prisioneros suyos, les habrán aclarado nuestra personalidad—opinó el comandante Grover.

—Cierto, y creo que esas dudas se habrán disipado, pero ¿quién asegura que nos consideran, pese a todo, enemigos suyos?—-preguntó el capitán piloto—. Tengamos en cuenta que venimos de otro planeta y que no deben tener idea de nuestras intenciones.

—Hay una forma de averiguarlo—aseguró Stuart.

—-¿Cómo?

—Volviendo a bajar a Astero—repuso Stuart, y ante la desilusión pintada en el semblante de muchos de los presentes, añadió—: De todas formas debemos hacerlo, para eso estamos aquí, señores. Lo que ocurre es que ahora tenemos un indicio a nuestro favor. ¿No cree usted, profesor Fraser?

Este no había opinado nada todavía. No hacía otra cosa que mirar, una a una, todas las fotografías obtenidas durante los viajes de circunvalación de Astero. No obstante no había perdido ni una sílaba de cuanto allí se había dicho. Por eso cuando habló lo hizo de esta forma:

—Este de aquí puede ser un buen punto de aterrizaje—y al decir esto señalaba una gran fotografía.

Esta mostraba un amplio valle, salpicado de manchitas blancas que debían ser pequeñas casas de labor, o quintas de recreo. Numerosos bosquecillos flanqueaban un sinuoso camino que, tras discurrir cerca de todas aquellas viviendas, acababa en un pueblecillo sepultado en el fondo del valle.

—Muy disimulado—siguió diciendo el profesor—, con algún que otro accidente protector. Observen que las casas están ocultas unas de otras, con muchos bosquecillos que ayudan al camuflaje. Parece una comarca de tipo medio. Unos hombres hábiles podían ocultarse y averiguar cuanto necesitamos saber. Y quién sabe, sí hasta establecer relaciones con rebeldes y leales. Todo puede ser, ¿no creen?

Y como si las palabras del profesor hubieran supuesto la consigna para la acción, en seguida se puso en marcha todo un plan de operaciones.

En la oscuridad de la noche serían lanzados nuevos superbólidos. Cada uno de ellos parachutaría un grupo de comandos compuesto por diez hombres, con una estación radioemisora y armas térmicas.

Estos grupos establecerían contacto con el pueblo y de forma pacífica se irían enterando de lo que allí pasaba.

Todo esto se efectuó satisfactoriamente y ahora, en las primeras horas de la mañana, se conocían los resultados iniciales de la operación.

En cada una de las pantallas aparecía una casita vigilada por comandos. Se habían seleccionado entre todas una veintena, y guiándose por su aspecto, se había procurado que en aquel grupo las hubiese de todas clases, para que la información adquirida fuese más completa.

El panel de señales acústicas acusó la puesta en antena de un radiomensaje y el operador avisó:

—El comando X-20 establece contacto, señor.

El comandante Grover se acercó en el momento que se oía:

—Aquí comando terrestre X-20 llamando a «Bello Horizonte». Soy Peter Masters. ¿Me escuchan?

—Adelante, X-20, le oímos perfectamente. Siga hablando.

—La operación se ha llevado a cabo sin tropiezos. Supongo que desde ahí verán la linda casita en la que estamos metidos.

Todos los presentes dirigieron sus miradas a la pantalla señalada

con una X-20 y vieron una casa de recreo rodeada de bosque. En la puerta se adivinaba, más que se veía, un soldado que montaba guardia, y aunque se sabía que debían de haber más soldados cerca, ni uno solo se dejaba ver por allí. El camuflaje y la ocultación eran perfectos.

El teniente Masters, jefe del comando, siguió hablando en un tono ligero que denotaba al soldado despreocupado que se ha visto metido en más de una ocasión en una audaz acción de comando en tierra enemiga.

—Pues, si la casa es bonita, más linda es la propietaria, una morena de tipo escultural, que casi se ha desmayado al darse cuenta de que éramos hombres terrestres. Creía que éramos una cuadrilla de rebeldes, porque aquí parece que andan un poco a la zarpa la greña.

—Un momento, teniente Masters. No siga hablando hasta que yo le avise—cortó el comandante Grover—. Vamos a llamar al comandante Stuart, que deseará hablar con esa muchacha.

A los pocos instantes el comandante Stuart estaba al habla con el comando X-20. Una vez hubo escuchado el informe del teniente, pidió:

—¿Podría hablar con esa muchacha?

—Ahora parece más tranquila. Le diré que se acerque.

En aquel momento un observador del teleradar llamó la atención de su jefe.

—Comandante Grover, observo unos vehículos por el camino cercano al comando X-20, parecen coches blindados, o algo así.

El comandante Grover contempló la pantalla del teleradar que señalaba el operador y al comprobar el informe por sus propios ojos, advirtió:

—Atención, Stuart, advierta al teniente Masters de este peligro.

Los coches se acercaban a la casa ocupada por el comando X-20. Aun cuando en su recorrido cruzaron por varias fincas, parecía como si el punto de destino elegido fuese aquélla.

—¡Atención, comando X-20! ¡Óigame bien, Masters! Dos automóviles se dirigen hacia ahí Parecen coches blindados. Escóndanse todos y asegúrense de que esa muchacha no los denunciará.

Stuart con la mirada fija en la pantalla seguía informando.

—Siguen acercándose. Ahora llegan ante el caminillo de esa finca. Han bloqueado el camino. Ahora saltan varios hombres. ¡Atención, comandos, son policías y van armados! ¡Salgan de la casa

y escóndanse en el bosquecillo! ¡Salgan pronto! ¿Qué esperan?

Del interior de la casa no salió nadie. Al contrario, el comando que hacía guardia en la puerta pasó al interior, llamado o atraído, desde dentro, por alguien. Los que vigilaban desde otros puntos de fuera, no dieron señales de vida.

¿Qué pasaba allí? La pantalla no ofrecía más visión que la casa quieta, silenciosa y los policías acercándose a ella con paso marcial. Ya faltaban sólo unos metros para llegar a la puerta y en el control de la «Bello Horizonte» no se tenía ningún contacto con los comandos del X-20.

—Creo que vamos a tener la misma que ayer. Esto acabará con una escabechina—auguró, el comandante Grover.

—No seas pesimista, hombre. De líos mayores han salido estos muchachos. Además, los de dentro no están solos.

Y señalando al grupo de policías que se encontraba metido de lleno entre el bosquecillo y la casa, agregó:

—Ten en cuenta que esos policías deben de estar rodeados de comandos por todas partes.

—¡Mira!—exclamó Grover—. ¡Alguien sale de la casa!

Los policías no habían alcanzado todavía la puerta, cuando ésta se abrió y una mujer apareció en el umbral. El grueso de policías se detuvo y uno de ellos se adelantó para hablar.

Separado del grupo se advertía mejor su indumentaria: unos pantalones cortos y una camisa de manga corta, con piernas y brazos al aire, tocados por un casco de combate y un arma en bandolera.

—Parece que la mujer quiere detenerlos en la misma puerta, sin dejarlos pasar—advirtió Stuart—. Debe de tener escondidos a nuestros hombres.

—Con que no los tenga prisioneros, me conformo—comentó Grover.

—Mira, los está entreteniendo. Hace todo lo posible para no dejarles pasar. ¡Qué lástima que no podamos oír lo que dicen!

—¡Se acabó!—exclamó Grover—Ahora entran.

Los policías habían permanecido quietos mientras su jefe explicaba algo a la mujer y ésta denegaba con la cabeza. Pero a una seña de su superior, entraron en la casa precedidos por la mujer.

Desde el control de la «Bello Horizonte» se perdió todo contacto con lo que ocurría en el interior de la villa.

En la pantalla de teleradar sólo se veía la casa y los cuatro policías que habían quedado de guardia, uno en cada esquina.

Por el control acústico se oían pisadas y algunas voces que procedían de la conexión con el radioemisor del X-20.

—Parece que se oye algo por aquí, señor—advirtió el escucha.

Los comandantes Grover y Stuart se abalanzaron hasta el panel. Grover pidió:

—Ponga el altavoz a todo volumen—y dirigiéndose a Stuart, dijo —. Seguramente no han tenido tiempo de esconder el radiorreceptor. Si lo descubren están perdidos.

Por la pantalla se vio cómo comenzaban a salir los policías.

—Se ve que ya ha acabado el registro. Mira, han salido todos los policías y no sacan a ningún detenido.

—Falta el jefe. Ahora veremos.

En aquel momento, el silencio de la sala fue roto por una voz femenina que surgía del altavoz conectado con X-20.

—¿Está satisfecho de su registro, capitán Pentar?

—Completamente, señorita Deltina.

—¿Me permite una pregunta, capitán?—se oyó a la mujer.

—Si puedo contestarla, ¿por qué no?

—¿A quién buscan con tanto afán?

—No se lo he dicho, señorita. ¡Qué memoria la mía!—manifestó con cierta fingida contrición el interrogado—. Buscamos al jefe rebelde Deltason.

—¿A mi padre? ¡Pero si lo tienen ustedes encerrado hace meses!

—Lo teníamos, señorita Deltina, lo teníamos encerrado, que no es lo mismo.

—¿Que mi padre se ha escapado de su encierro? ¡No lo creo!

—Ha sido raptado por un grupo de desconocidos, según han manifestado los policías que le custodiaban. Muchos creen que ha sido un rescate, pero yo creo que ha sido una fuga planeada por su padre y un grupo de asquerosos rebeldes.

El comandante Grover se quedó mirando fijamente al comandante Stuart, jefe de los servicios de inteligencia. Este no pudo evitar una ligera sonrisa.

CAPÍTULO VIII

Peter Masters, el jefe del comando X-20 entró en una de las salas que, para descanso y entretenimiento de los comandos, existían en la astronave «Bello Horizonte». Su entrada fue coreada por aplausos y vítores.

—¡Vaya niña que has pescado, amigo!

—¡Eso se llama tener buen ojo!

—¿Cómo la conquistaste?

Las preguntas y las chanzas se sucedían rápidamente. El interpelado contestó en el mismo tono.

—La cosa fue fácil. Cuando la vi me recordó a una novia que tuve en la Tierra y me dije: ésta se viene conmigo. Y aquí está. Pero...; no os hagáis ilusiones. Eso es cosa mía.

Entre todas las operaciones de traslado practicadas en Astero, aquella había sido la única en la que había intervenido una mujer asteroniana. De ahí la gran algazara que el hecho había producido.

Al recién llegado le saludó otro comando que también lucía las insignias de teniente.

—¿Qué ha hecho al encontrarse con su padre, X-20?—preguntó.

—Puedes figurártelo, X-12. Abrazarse a él y echarse a llorar. Lo que hacen todas las mujeres, aquí, en la Tierra y creo que en todas partes.

—¿No le habías comunicado la noticia?

—No hizo falta. En cuanto aquel policía le dijo que su padre se había fugado de su encierro y que había sido ayudado por unos desconocidos, se figuró que nosotros no andábamos lejos.

Efectivamente, así había ocurrido.

En el puesto de la «Bello Horizonte», que por medio del teleradar seguían toda la operación, observaron cómo de la casa vigilada salían los policías, montaban en sus coches blindados y desaparecían por la carretera.

A poco la voz del teniente Masters se dejó oír por el altavoz.

—Aquí X-20. Estamos a salvo. Esta muchacha nos ha proporcionado un escondite tan estupendo que hemos burlado a esos «polis». Esta chica vale un potosí. ¿Qué hacemos ahora?

Por el altavoz se oyó, algo alejada, la voz de la muchacha, que apremiaba al comando.

—Pregúntele eso, pregúnteselo.

—Atención, «Bello Horizonte», me dice esta muchacha algo no sé qué de su padre. Si lo han secuestrado, o algo así. ¿Saben ustedes algo?

Stuart y Grover cambiaron una mirada. Stuart fue el primero en hablar. .

—Oiga, X-20, dígale a esa joven que se tranquilice. Dentro de poco tendrá noticias de su padre. Mientras tanto, permanezcan a su lado y esperen instrucciones.

—Como usted diga, señor. No podía haberme mandado nada más agradable que el estar al lado de esta beldad asteroniana.

Tras aquel breve diálogo, desde el puesto de control se intentó establecer contacto con todos los grupos de comandos arrojados la noche anterior. Interesaba encontrar cuanto antes a los que habían rescatado de su encierro al dirigente rebelde Deltason.

El grupo que lo había realizado era el X-12, cuyo jefe contaba ahora a Masters el resultado de su hazaña.

—Lo nuestro fue imponente, chico—comenzó diciendo—. Caímos cerca de un edificio grande. Aquello parecía un hotel, pero ¡vaya hotel! Piscinas, campos de juego., terrazas, jardines... Aunque todo estaba solitario, tremendamente abandonado. Cuando nos acercamos vimos que estaba custodiado por algunos policías y que los grandes ventanales estaban cruzados de gruesos barrotes transparentes. Aquello no era un hotel, aquello era una cárcel.

—¿Y cómo supisteis quién estaba dentro?

—Nos lo comunicaron del comando X-8. Ellos habían establecido contacto con unos vecinos cercanos. Resulta que toda aquella comarca estaba plagada de rebeldes que tenían familiares encerrados en aquella cárcel. Era una especie de zona de destierro. El enlace del X-8 nos informó de todo.

—«Ahí dentro está uno de los jefes de la oposición al gobierno—nos explicó, repitiendo lo que le habían dicho—. Nos han informado de que todos los días, a esta misma hora, salen de ahí dentro cuatro policías con él y lo llevan a una casa enclavada al otro lado del pueblo».

—Aquella noticia me dio una idea—siguió contando X-12—. Si la custodia era de sólo cuatro policías, no sería difícil hacemos con el dirigente rebelde. No sabía qué hacer. Agazapados como estábamos, no podía pedir instrucciones aquí arriba. Pregunté al enlace del X-8.

«—¿Sabes si allí donde estáis nos podrían esconder?

«—No sé, puedo ir a preguntar.

«—Ve y vuelve enseguida.

Masters, aprovechando una pausa, comentó.

—¡Vaya rato que pasaríais!

—No te lo puedes figurar—afirmó X-12—. Los minutos pasaban y aquél no volvía. «Ahora saldrán—pensaba yo—y ¿qué hacemos? ¿Lo dejamos marchar, o nos apoderamos de él?» En éstas llegó el enlace.

«—Sí—nos dijo—, ellos pueden ayudamos. Dicen que rescatemos a Deltason, que ellos ya se ocuparán de lo demás».

—A partir de aquí, todo fue fácil—concluyó X-12—. Nos fuimos distribuyendo a lo largo del camino, ocultos en los bosques. Nos calamos los cascos y las mascarillas para causar más sensación y, cuando los cuatro vigilantes con el preso quedaron a cubierto de las miradas de la guardia de la cárcel, caímos sobre ellos.

—¿Qué dijo Deltason cuando os vio?

El comando X-12 se echó a reír, diciendo.

—No pudo decir nada, chico. Para que no hiciera preguntas le narcotizamos también a él. Así nos resultó todo más fácil.

—¿Y cómo es que aquí arriba no supieron nada de vosotros hasta la noche?—le preguntó Masters.

—Los amigos de Deltason nos metieron en un escondrijo tan seguro que no pudimos salir de él hasta la noche. Entonces establecimos contacto y resultó que el superbólido de rescate lo teníamos casi al lado, a punto de ascender. Así, pese a todo, fuimos los primeros en llegar a «Bello Horizonte».

El comando X-20 iba a continuar preguntando cuando una orden surgida de los altavoces, hizo enmudecer a todos.

—¡Atención, comandos! Prepárense los grupos X-8, X-12 y X-20 para una acción inmediata. ¡Atención, grupos X-8, X-12 y X-20, prepárense para una acción inmediata!

—¡Caramba!—exclamaron a un tiempo X-12 y X-20—parece que les hemos gustado.

* * *

—Si es como dicen, la llegada de ustedes a Astero habrá sido providencial para nosotros.

—No lo dude un momento, Deltason. Nuestra misión en Astero es una actitud de paz y amistad. No abrigamos el menor designio de hostilidad hacia sus hermanos, que son semejantes nuestros. Al contrario, venimos a colaborar en todo cuanto podamos.

Estas palabras casi constituían un compromiso entre dos fuerzas hasta hacía poco desconocidas, entre unos hombres que se habían visto por vez primera hacía tan sólo unas horas.

La conversación la mantenían el coronel Barton y Deltason, el político rebelde rescatado de su cautiverio por el comando X-12, y cuyas informaciones sobre las condiciones actuales de vida en Astero habían sido de gran utilidad para la expedición terrícola.

A la reunión asistían también los comandantes Blaque y Stuart, este último en su calidad de jefe de los servicios de inteligencia y organizador del rescate del político asteroniano. También estaban presentes el profesor Fraser y el periodista James Kent.

El periodista no tenía allí ninguna misión, pero como siempre andaba merodeando por los puestos de mando en busca de noticias, había presenciado la llegada a la astronave del comando X-12, llevando a Deltason inconsciente. Se había colado tras el grupo en la cámara habilitada a este efecto y una vez dentro, nadie reparó con él hasta que ya era demasiado tarde para decirle que se fuera. Porque entonces lo más importante era conversar con el hombre que habían rescatado.

Deltason había permanecido todavía inconsciente más de diez minutos, pese a haberle aplicado una inhalación recuperadora de consciencia. Aquello permitió contemplar de cerca y con detalles cómo era un habitante de Astero.

Alto, más de lo que en la Tierra suponía el término medio entre los hombres altos; de recia complexión, acusados músculos y piel muy tostada, representaba tener unos cincuenta años.

La indumentaria era muy curiosa para un hombre de su edad. Pantalones cortos y camisa sin mangas, como los policías que se habían visto en la pantalla del teleradar, de color azul metálico. La cabeza aparecía completamente rapada.

El gran cráneo completamente pelado, la deportiva indumentaria y la sensación de fortaleza que emanaba de su figura, hacía que Deltason, siendo constitucionalmente un hombre como los terrícolas, semejase un ser diferente.

La reacción que le produjo el verse rodeado por desconocidos fue la mar de curiosa. En cuanto abrió los ojos y contempló a los que le rodeaban, se llevó las manos a la cabeza, palpándose detenidamente el cráneo. El ver las cabezas de sus acompañantes con cabellera, fue lo que le hizo sospechar que se enfrentaba con seres desconocidos.

—¿Qué quieren de mí?—fue su primera pregunta.

El primero en reaccionar ante las mismas fue el profesor Fraser.

—Somos sus amigos y queremos ayudarle, señor Deltason.

—¿Amigos? ¿Y cómo han llegado hasta aquí?

—Sería mejor decir, ¿cómo ha llegado usted hasta aquí?

—No le entiendo.

—Es natural—aclaró el profesor con un circunloquio—-, pues ha estado usted inconsciente durante mucho rato. Por eso no sabe que no estamos con usted, sino que usted está con nosotros.

Las sutilezas del profesor no lograban prender en la inteligencia de Deltason. Y aunque todo aquello fue dicho porque podía constituir un magnífico experimento en reacciones síquicas y anímicas, un interesante estudio de percepciones, Fraser tuvo que dejar en manos de los militares la continuación del diálogo. Sobre todo cuando el asteroniano, preguntó ya más concretamente:

—Pero, ¿quiénes son ustedes? ¿Qué quieren de mí?

—Me llamo Barton—se adelantó a decir el jefe de la expedición —, coronel Roberto Barton. Este es el profesor Fraser y éstos los comandantes Blaque y Stuart. Este es un...—Barton reparó por primera vez en Kent y estuvo a punto de calificar en voz alta su osadía, pero se contuvo a tiempo y acabó la presentación— ...un periodista llamado James Kent.

El asteroniano giró lentamente su mirada de uno en uno sobre todos los reunidos y haciendo una inclinación de cabeza a guisa de saludo, volvió el rostro hacia Barton. Este prosiguió diciendo:

—Nos encontramos a bordo de una astronave llamada «Bello Horizonte» y hemos venido desde un planeta llamado Tierra, para conocer a nuestro planeta gemelo Astero y entablar relaciones con sus habitantes, semejantes nuestros.

—¿Vienen ustedes de la Tierra?—preguntó lleno de asombro, Deltason.

—Sí. De allí venimos y sólo hemos podido cumplir parte de nuestra misión.

Uno tras otro fueron contando al político los incidentes surgidos con su llegada y con el intento de llegar hasta los asteronianos de la ciudad. Y cómo, incidentalmente, se habían enterado de que en aquel planeta había una división entre sus habitantes.

—¿Cuál es el motivo de esas luchas?—preguntó el comandante Stuart.

—Son muchas las causas, pero las más importantes son la ambición y el afán de poder. La ambición de riquezas ha hecho que unas comarcas, las elegidas por los egoístas que las explotan, se conviertan en un derroche de instalaciones industriales,

urbanización y adelantos extraordinarios, mientras otras se hunden en la más espantosa de las miserias.

—¿Y contra este estado de cosas lucha la rebelión?

—Sí, contra todo esto y contra la tiranía, cada día mayor del grupo que, encabezado por Alfamé se ha adueñado del poder. Esa dictadura se ejerce de esta manera: como la gran mayoría de los habitantes de Astero viven en las ciudades en tomo a las grandes instalaciones industriales, todos los ciudadanos tienen totalmente controlados sus movimientos. Y como el gobierno no tiene ya bastante fuerza pública para controlar la ciudad, hace que sus vecinos ocupen sólo una parte de ella dejando vacía la otra.

Los terrícolas se miraron unos a otros, ya que aquellas palabras les traía el recuerdo de las primeras impresiones obtenidas de Astero.

Deltason prosiguió su relato:

—Así se da el caso de que, mientras multitud de industrias, edificios, comercios, calles, autopistas, aeropuertos, helipuertos se hallan abandonados, el resto se encuentra sobresaturado de habitantes, de tránsito y de problemas desviados de todo este hacinamiento humano y mecánico.

—¿Y cuál ha sido su participación en todo esto?—volvió a preguntar Stuart.

—Yo pertenezco a una familia de grandes terratenientes, financieros y dirigentes. Siempre hemos figurado en puestos relevantes del gobierno. Yo mismo era ministro de este gabinete, cuando se podía llamar gobierno. Un día comprendí lo que pretendía la camarilla de Alfamé y no pudiendo consentir sus tropelías me separé de ellos y comencé a combatirles.

—¿Cómo pudieron detenerle?—preguntó Barton.

—Tendiéndome una vil emboscada. Alguien emboscado en mi grupo, un traidor, me comunicó que Alfamé deseaba hablar conmigo, parlamentar con la rebelión para llegar a un acuerdo que pusiera fin a la desunión. Yo lo creí. Acudí a la cita y me apresaron. Y como no me podían hacer desaparecer, me desterraron a una comarca, propiedad de mi familia, donde convirtieron un bello hotel en cárcel.

—De donde nosotros, precisamente le hemos rescatado.

—¿Y ahora—preguntó Deltason—qué van a hacer conmigo?

Todos los presentes se miraron unos a otros en silencio.

—¿Le gustaría venir con nosotros a la Tierra?—preguntó Barton.

—En estas condiciones, no—repuso el asteroniano—. Me

gustaría ir, sí, pero como gobernante de mi planeta a firmar un pacto de amistad con el de ustedes, a organizar intercambios comerciales, industriales, culturales...

Deltason se fue entusiasmando, al tiempo que describía lo que podía llegar a ser la amistad terrícola-asteroniana y las abundantes ventajas que éstas podían reportar para los dos planetas.

—Así—concluyó—ayudaría a que ustedes olvidasen el daño que les hicimos con los sabotajes de los telehombres para que nunca llegaran hasta aquí.

—¿Está usted enterado de esto, verdad?

—Fue uno de los motivos por el que abandoné el gobierno y me coloqué frente a los usurpadores. Yo fui uno de los primeros que ideó el llegar a la Tierra, pero no para destruir, sino para conocer, amar y colaborar unos con otros.

Durante toda esta última parte de la conversación, el comandante Stuart había permanecido en silencio.

Hacía unos momentos que había recibido una nota escrita.

Era el informe del rescate de la hija de Deltason, con las declaraciones que la misma había hecho al teniente Masters, jefe del comando X-20. Tras aquella lectura, una idea comenzaba a bullirle en la imaginación y la quiso poner en práctica.

Se acercó a la puerta y dio una orden al soldado que, montaba la guardia para evitar intromisiones. A los pocos minutos la misma puerta era franqueada por Deltina, quien se arrojó en los brazos de su padre.

Una vez repuestos de la natural emoción y alegría por aquel encuentro, el comandante Stuart, comenzó a hablar.

—-Si usted me lo permite, señorita, le haré una pregunta: creo que usted ha contado a uno de mis hombres, concretamente al que mandaba el comando X-20 que la ha traído hasta aquí, varias cosas sobre la vida en Astero, ¿verdad?

La muchacha, al oír referirse al teniente Masters, se turbó, sonrojada, diciendo:

—No sé a qué cosa se refiere. Yo...

—No, no me refiero a cosas de usted. Yo... —tartamudeó Stuart —. Verá, se trata de esto: usted ha indicado que a su padre lo llevaban a visitar a una alta personalidad del gobierno de Astero, ¿es eso cierto?

Padre e hija se miraron en silencio, mientras los ojos de todos los presentes iban alternativamente del comandante Stuart a los dos asteronianos, como queriendo averiguar qué maquiavélica jugada

estaba preparando el jefe del Servicio de Inteligencia.

—¿Qué quiere usted saber sobre eso?—se atrevió a preguntar Deltason.

—Antes de nada saber si es cierto. ¿Lo es? —Sí.

—¿Quién era ese personaje?

—Betón, el segundo de Alfamé. Me llevaban a verle, periódicamente para ver si había cambiado de opinión y quería unirme a ellos.

—¿Tiene mucha influencia en el gobierno ese Betón?—prosiguió preguntando Stuart.

—Bastante. Es el hombre de confianza de Alfamé. Podemos considerarle, la eminencia gris del gobierno.

—Lo que se dice una buena pieza, ¿no es eso?

—No comprendo qué quiere decir—exclamó Deltason.

—Dentro de poco lo verá más claro—; y dirigiéndose de nuevo a la muchacha, preguntó—: Parece ser que hoy esperaba esa visita, ¿no es cierto ?

—Sí, así lo oí comentar a los policías que vinieron a registrar la casa. Que vendría Betón en persona a investigar—repuso Deltina.

—Una última pregunta, señorita. Ante una fotografía aérea de la comarca, ¿usted me podría indicar dónde se aloja ese Betón, cuando va a esas visitas?

—Creo que sí podré. Lo intentaré al menos.

—Vamos a verlo.

Y sacando las fotografías que habían servido para las últimas operaciones, las colocó ante la muchacha. Con un lápiz le fue señalando los puntos que más podían servirle de referencia.

—Aquí está su casa. Esto es el hotel-cárcel en que estaba encerrado su padre. Este es el pueblecillo...

—¡Esta casa es!

—¿Está usted segura?

—Sí, está algo alejada del pueblo, por el lado de la montaña. Es una casa bastante solitaria. Sí, ésta es, estoy segura.

—Muchas gracias, señorita.

El comandante Stuart guardó las fotos en su carpeta y comunicó a todos:

—Caballeros, yo tengo muchas cosas que hacer y les ruego me perdonen. También creo que nuestros huéspedes tendrán mucho interés en descansar y charlar a solas. Tengan en cuenta que han

estado separados mucho tiempo...

Todos los presentes comprendieron la doble intención de las palabras de Stuart y tras des-pedirse de los rescatados, salieron al corredor, siguiendo al comandante. Este entró en la primera habitación que encontró vacía e hizo pasar al resto de sus acompañantes.

—¿A qué viene este misterio, Stuart?—preguntó Barton.

—A usted, coronel, es a quien le toca decidir en esta cuestión—comenzó diciendo Stuart—. Creo que estamos ante una ocasión única para acabar satisfactoriamente nuestra expedición a Astero.

Y durante más de un cuarto de hora fue esbozando ante sus compañeros, un fantástico proyecto.

—¿Y eso no será ingerirnos en los asuntos de otro planeta?—preguntó, un poco indeciso, Barton.

—Eso será si sale mal el asunto, pero en ese caso, ¿quién lo va a saber?

La sonrisa de todos fue la aprobación más unánime del proyecto.

Un minuto más tarde, los altavoces llamaban a los comandos para una nueva acción.

CAPÍTULO IX

Esto les costará caro a ustedes, se lo aseguro. No tardarán mucho en saber quiénes somos nosotros.

El que así hablaba era conocido en Astero por el nombre de Betón, el hombre de confianza del presidente Alfamé, el segundo de a bordo de la tiranía que aterrorizaba y dominaba aquel planeta.

Era un hombre corpulento, de mayor estatura que Deltason y de una edad similar. Vestía como todos los asterianos, aunque el color de sus ropas era de un dorado estridente y metálico. El rapado absoluto de su cabeza hacía recordar una fenomenal bola de billar.

Si bien la operación de rescate no había costado mucho, el encuentro con los terrícolas en la «Bello Horizonte», no había sido una cosa demasiado agradable, hasta el punto de que se tuvo que recurrir a la inmovilización parcial de su cuerpo mediante la anestesia controlada.

—Les ordeno que me reintegren a mi planeta. No deseo permanecer ni un momento más con ustedes. ¿Me han oído?

Era preciso oírle, pues su voz era de una enorme potencia y gritaba a pleno pulmón.

El teniente Masters, que había mandado la expedición de los comandos X-8, Z-12 y X-20, y dirigido la operación de rescate, estaba impresionado por lo que veía.

—Si allá abajo nos llega a hacer una cosa así, no podemos traerle—comentó con su compañero del comando X-12.

—¡Tan sencillo que ha sido todo!—confirmó éste.

Y en Verdad que no había sido muy complicado, ya que, pese a lo aventurado de la operación, la audacia y la sorpresa habían sido los factores del éxito.

En cuanto se tuvo noticias de la probable estancia de Betón en aquella comarca, la cosa estuvo decidida en la mente de Tom Stuart, el jefe de los servicios de inteligencia.

—Es preciso arriesgarnos. Si está todavía ahí—explicaba Stuart al coronel Barton y a sus compañeros, señalando la fotografía de la comarca—, tarde o temprano volverá a casa a descansar.

—¿Y si no está?—preguntó el comandante ayudante Blaque.

—No pasa nada. Nuestros hombres se vuelven y en paz.

—Piense, Stuart, que esa gente puede estar más prevenida que ayer. Y quizá nos esperen preparados para acribillar a nuestros

comandos —indicó Barton.

—No lo creo, coronel. Tenga en cuenta que aquí no saben en concreto quiénes somos, ni qué es lo que pretendemos. Están en el momento de confusión, ideal para un golpe de mano. Unos creerán que nuestro objetivo es rescatar a unos rebeldes, otros que sólo se trata de un golpe de fuerza. Pero nadie nos creerá capaces de atacar y rescatar a un dirigente de la categoría de Betón.

El cambio de impresiones sobre la operación se prolongó unos minutos más, pero ya estuvo dedicada a perfilar detalles de tipo técnico.

Cuando todo estuvo decidido se reunió a los comandos que debían tomar parte en la expedición al lado mismo de los superbólidos de rescate. Al contrario que otras veces, estos aparatos aterrizarían inmediatamente después de haberlo hecho los comandos.

La operación era un golpe de sorpresa que basaba su eficacia en la rapidez de la misma. Una vez empezada, la suerte era quien tenía que decidir.

En cuanto la oscuridad de la noche rodeó a la «Bello Horizonte», los comandos ocuparon sus puestos en las pequeñas astronaves y éstas fueron deslizándose hasta los compartimentos estancos de lanzamiento. Unos segundos después, los tres superbólidos que componían la expedición eran catapultados al espacio.

Treinta y tres hombres volaban de nuevo hacia lo desconocido.

La gran velocidad imprimida a los superbólidos situó a éstos en muy poco tiempo cerca del objetivo.

El teniente Masters, que dirigía la operación, habló por el radiovisor a las otras astronaves.

—Nos acercamos al objetivo. ¡Atención a las luciérnagas! Tres, dos, uno... ¡lancen!

De cada superbólido saltaron una especie de pequeñas bombas que estallaron silenciosamente al contacto con el aire. Una lluvia de puntitos oscuros fue descendiendo hacia Astero. Al cabo de unos minutos, desde allá al fondo se vieron centellear millares de partículas luminosas. Era la lluvia hacía poco lanzada que, al contacto con el suelo, se convertía en diminutas luciérnagas, sólo viables desde lo alto.

El objetivo estaba situado.

—¡Preparados para el lanzamiento!—repitió Masters por el radiovisor, añadiendo—: Una vez en tierra vayan directos hacia el objetivo sin reparar en obstáculos. Paso la comunicación de mando

a los pilotos. ¡Atención a sus órdenes!

Cada piloto de superbólido manipuló en su panel de mandos y las astronaves quedaron casi detenidas en su descenso, comenzando a navegar en círculo. Luego, conectando el micrófono que transmitía para los receptores instalados en los cascos de los comandos, dieron sus últimas instrucciones.

—¡Atención, comandos, preparados para saltar! Recuerden que aterrizamos detrás de ustedes. Estén todos de regreso a la hora prevista. ¡Adelante! Uno... dos... tres...—y así fueron señalando cada salto.

La caída fue suave y fácil. Los comandos se reagruparon prontamente y avanzaron hacia la casa, que estaba situada en las primeras estribaciones de una pequeña colina. Cada grupo tomó una dirección, y a los pocos minutos rodeaban la casa sin encontrar obstáculos.

El teniente Masters miró hacia atrás y vio cómo descendían lentamente unas sombras.

—Ya tenemos ahí a los superbólidos—comunicó al hombre que tenía al lado.— ¡Vamos a ver si acabamos pronto este asunto!

Hizo una seña con el brazo y el movimiento fue repetido por cada hombre. Era la orden de avanzar estrechando el cerco en torno a la casa. Cada comando se colocó su casco y la máscara contra gases.

Al llegar ante la puerta vieron un centinela parado, dando la espalda a la fachada. Un comando hizo un pequeño ruido para llamar la atención y el guardián dio un paso en aquella dirección. Una sombra se abalanzó sobre él y tapó su rostro con una almohadilla impregnada de narcótico.

El teniente Masters cargó contra la puerta y penetró en la casa. El resto de comandos hicieron lo propio por todas las aberturas que encontraron a mano, disparando al mismo tiempo sus pistolas narcotizadoras. Los pocos enemigos que encontraron cayeron fulminados por los gases.

Al pasar ante una puerta, Masters oyó tronar a una voz.

—¿Qué ruidos son ésos? ¡Ve a ver qué ocurre!

—Voy en seguida, Betón—oyó contestar a otra voz.

—¡Aquí está lo que buscamos, muchachos! —exclamó Masters, llamando la atención de sus hombres.

Y dando una fuerte patada a la puerta la abrió de par en par. Dos o tres pistolas comenzaron a disparar sus gases que inundaron la habitación rápidamente. A través de la débil neblina que

producían, Masters adivinó la presencia de tres o cuatro hombres, uno de ellos mucho más recio que los demás.

—Ese alto debe de ser Betón—pensó en voz alta.

—¿Qué hacemos?—oyó que le preguntaban a su lado.

—Uno de éstos es el que buscamos, ¿pero cuál será en realidad? —contestó Masters, agregando rápidamente—: Nos los llevaremos a todos y que arriba se encarguen de averiguarlo. Nosotros ya hemos cumplido.

Montaron rápidamente unas angarillas y cargaron en ellas los cuerpos exánimes de los cinco hombres.

—¡Qué barbaridad! ¡Cómo pesan estos tíos! —exclamó uno de los comandos.

Con la misma rapidez con que habían llegado, se alejaron de la casa en busca de los superbólidos. Por el camino fueron recogiendo a los comandos que habían dejado de centinelas. Alguno de éstos tenía cerca de él, tumbados en el suelo, cuerpos de asteronianos.

—¿Mucho trabajo?—preguntó Masters.

—Nada de particular. Algún despistado que tuvo la mala suerte de salir de casa esta noche y pasar por aquí—comentó uno de los comandos.

Al cabo de unos minutos y con todos los grupos a bordo, las astronaves remontaron su vuelo. Lo hicieron con el mismo silencio que habían descendido, dejando tan sólo las huellas de la ignición de puesta en marcha. Unas quemaduras que llenarían de extrañeza a quienes las vieran al día siguiente.

—Sin embargo, ahora—pensaba el teniente Masters—, este hombre se ponía cada vez más difícil. Si seguía así no iba a ser sencillo tratar con él. Menos mal que estaba inmovilizado en más de medio cuerpo por la narcosis.

Ante Betón se encontraban el coronel Barton, su ayudante Blaque y el comandante Stuart. Un poco más alejados, tan sólo como observadores, estaban el profesor Fraser y el inevitable James Kent, quien dividía su tiempo en colarse en todas las reuniones del mando para enterarse de todo y en estar junto a su Fanny Thompson contándole lo que veía y oía.

Cerca de la puerta se veía al teniente Masters y dos comandos más. Masters sólo esperaba el momento de que le dieran la orden de traer a Deltina y a su padre para volver a ver a la muchacha.

Pero aquello no parecía que iba a producirse muy rápidamente. Los tres militares no habían comenzado a hablar aún, más todavía: no habían dicho ni una sola palabra. Esperaban que de la boca de

Betón dejase de salir la catarata de improperios, amenazas y arengas que resonaba contra los metálicos muros de la estancia.

Cuando pasado mucho tiempo el asteroniano pareció calmarse, el coronel Barton comenzó a hablar.

Tras hacer las presentaciones de rigor fue relatando todo lo hecho por ellos hasta llegar cerca del planeta Astero, y la misión que les había llevado. Como incidentalmente comunicó a su interlocutor:

—Para su conocimiento debo comunicarle que en este momento nuestra astronave, que es como una ciudad suspendida en el espacio, está protegida por una cortina desintegradora capaz de destruir todo lo que se acerque a una distancia de quinientos metros, por poderoso que sea. Ello impide que cualquier vehículo espacial, proyectil o algo similar pueda alcanzarnos.

Y tras hacer una pausa para ver el efecto que sus palabras causaban en Betón, el coronel prosiguió :

—Por si esto fuera poco, le interesará saber que llevamos a bordo más de un centenar de bombas superatómicas de una fuerza capaz de destruir, cada una de ellas, una población de tipo medio. En grupos de diez las tenemos teledirigidas apuntando a las ciudades más importantes, entre ellas la sede del gobierno donde se encuentra su amigo Alfamé.

Betón miraba fijamente al coronel Barton. Por su mente pasaban mil contradictorias ideas. ¿Sería posible todo aquello? ¡Si era cierto supondría la destrucción de todo el planeta Astero!

El curso de sus pensamientos fue roto por estas palabras de Barton.

—¿Le parece todo esto bastante para reconsiderar su situación real? ¡Medítelo!

Tras un largo silencio, Betón preguntó:

—Está bien, ¿qué quieren ustedes? ¿Qué desean de mí?

—Queremos salvar a Astero de su ruina. Y deseamos que usted sea su salvador.

—¿Yo el salvador de Astero con sus ayudas? ¿Están ustedes locos? Si me vieran desembarcar con ustedes nos matarían a todos. ¡Ustedes no conocen a Alfamé!

—Hay otras formas de salvar a Astero sin necesidad de que desembarquemos nosotros violentamente—anunció, interviniendo por vez primera, el comandante Stuart—. Nosotros somos más fuertes desde aquí arriba para apoyar cualquier decisión.

—¿Cuál es esa otra forma?—preguntó, interesado, Betón.

—¿De verdad quiere conocerla?

—Sí. Yo también quiero lo mejor para mi planeta. Ya sé que la situación allí no es la mejor. Nos quedan por hacer muchas cosas, y necesitamos ayuda. Por eso deseo conocer esa fórmula que puede salvar a Astero.

El comandante Stuart hizo una seña al teniente Masters. Este salió y al cabo de unos momentos regresó acompañado por Deltason y Deltina.

Los tres asteronianos quedaron asombrados al encontrarse allí. Al ver a su enemigo, Betón lanzó un regido de rabia.

—¿Conque fueron ustedes? ¡Debí figurármelo! ¡Aliados con ese retrógrado!

—¡Fíjese bien lo que dice, Betón!—tronó el comandante Stuart, para decir a continuación—: ¿No quería conocer la fórmula para la salvación de Astero ? ¡Ahí la tiene usted! La única fórmula. Firmar la paz con Deltason y sus fuerzas, y unidos, gobernar en paz Astero con la ayuda de la Tierra.

—¡No! ¡Eso nunca!—exclamaron, casi a un tiempo, los dos asterorianos, al tiempo que se enzarzaban en una sarta de improperios.

El coronel Barton levantó sus brazos reclaman do silencio.

—Caballeros—comenzó diciendo—, en este mundo no hay nada imposible cuando existe una voluntad para conseguir una cosa. Nosotros, los terrícolas, llegamos hasta aquí para conocer de cerca el planeta Astero y entablar relaciones amistosas con los asteronianos. Todo ello en beneficio de ambos planetas gemelos, pero en especial el de ustedes, que hoy se halla dividido por luchas intestinas y arruinado económicamente.

El coronel hizo una pausa. Los dos asteronianos le miraban detenidamente, no perdiendo una sola sílaba de cuanto decía. Poniendo un persuasivo acento a sus palabras, concluyó:

—Ya conocen, pues, nuestras intenciones. Tengan por cierto que de aquí no nos moveremos sin conseguir nuestro objetivo, pero no es menos cierto que sin la ayuda de ustedes no podemos aterrizar pacíficamente y manifestar nuestras intenciones... ¡Ustedes tienen la palabra!

Y haciendo una seña a sus compañeros se dispusieron a abandonar aquella habitación. Al llegar cerca de la puerta, el comandante Stuart ordenó:

—Teniente Masters: bajo su custodia quedan esa joven y esos dos hombres. Cuide que no les falte nada, pero vigile para que

tampoco les ocurra nada. ¿Entendido?

—¡A sus órdenes, señor!—contestó el teniente, cuadrándose.

Todos los presentes, excepto los comandos, cruzaron la puerta. Al llegar al umbral, el coronel Barton dirigió una mirada a la estancia. Los tres asteronianos, con la más viva sorpresa pintada en su rostro, seguían como embobados todos los movimientos de sus aprehensores.

Barton dirigió una ligera sonrisa, al tiempo que se despedía con estas palabras:

—En cuanto lleguen a un acuerdo, comuníquenselo al teniente Masters. El me avisará en seguida. ¡Buenas noches!

Y con una inclinación de cabeza dirigida a Deltina, Barton salió y cerró la puerta tras él.

* * *

En la sala de Prensa de la «Bello Horizonte» habían cesado todas las especulaciones, comentarios y diálogos en torno al posible resultado de la entrevista entre los dirigentes de Astero. Ahora, la paz había vuelto a cada uno de los componentes de la llamada gran familia periodística, y todos esperaban las noticias que les transmitieran los altavoces.

Hasta hacía un momento habían tenido motivo de esparcimiento con las invectivas lanzadas contra James Kent, el periodista favorito del mando de la expedición.

Cuando el periodista, en una de sus súbitas desapariciones, había abandonado a sus compañeros, alguien había comentado incisivamente el trato de favor de que el comentarista de la TV-40 era objeto.

En ausencia de Kent, Fanny Thompson había salido en su defensa.

—-Ahora todos quisiéramos ser considerados iguales, ¿no es eso? Sin embargo, ¿cuántos de nosotros creímos en esta empresa? Ninguno. Tan sólo James Kent creyó en la posibilidad de que se pudiera llegar hasta aquí.

—Eso es cierto—se oyó comentar a alguno de los periodistas que escuchaban a Fanny.

—Y algo más—siguió diciendo la rubia periodista—. No sólo creyó, sino que hizo todo lo posible por colaborar en esta empresa. Así buscó, indagó y dio con el profesor Fraser, elemento decisivo en el descubrimiento de Astero. ¿Es o no es cierto eso?—preguntó Fanny, desafiante.

—Sí, todo eso está muy bien, Fanny—concedió un veterano informador de «Prensa reunida»—. Todos nos precipitamos en nuestras apreciaciones y todos nos equivocamos, ¿qué vamos a hacerle? Pero estamos aquí porque somos periodistas y necesitamos noticias para informar a nuestros clientes...

—Eso es—añadió alguien—. Nos han traído aquí para que veamos y digamos lo que ocurre, y no podemos admitir noticias de segunda mano.

—¿Y quién os dice que toméis noticias de segunda mano, amigos?—preguntó una voz desde la puerta.

Todos los reunidos dirigieron sus miradas hacia allí. James Kent, con su eterna sonrisa en la boca, les contemplaba a todos.

—Sí, amigos. Todos tenemos las mismas oportunidades de averiguar cosas. Vosotros os contentáis con estar ahí sentados, tomando aperitivos y contemplando lo que pasa por medio del teleradar. Yo, en cambio, prefiero estar cerca de las cosas. Pero no temáis. Hasta que el coronel Barton no lo ordene, nadie podrá informar de nada a la Tierra. Y en ese momento nadie tendrá prioridad de comunicación. Creedme, todos seremos iguales.

Aquellas palabras pronunciadas por Kent y dichas en un tono tan convincente que no admitía réplica, diluyeron las protestas como un azucarillo en Un vaso de agua.

A partir de aquel momento en la sala de Prensa reinó una calma expectante, pendiente sólo de las noticias que comunicase el alto mando de la «Bello Horizonte».

Y lo mismo que ocurría en la sala de Prensa, sucedía en los otros departamentos de la astronave. Podía decirse que toda la dotación y pasaje de aquella ciudad aerotransportada estaba pendiente de lo que decidiesen los grandullones asteronianos de cabeza rapada.

Por eso fue unánime la reacción de todos, fuere cual fuere su situación, cuando por los altavoces de la astronave se oyó decir:

—¡Atención, tripulantes y pasajeros de la «Bello Horizonte», atención! Ocupen inmediatamente sus puestos, la astronave tomará tierra dentro de las próximas seis horas.

Los vítores, hurras y grandes expresiones de alegría se mezclaron con la algarabía que producía la rápida marcha de cada uno a ocupar el puesto que previamente le habían designado para aquel acontecimiento.

Nadie se molestaba en preguntar cómo había ocurrido aquello, ni en realidad qué lo motivaba. El mismo alto mando de la astronave había obedecido a un impulso repentino al dar semejante

orden.

En el puesto de mando estaban reunidos el coronel Barton y los comandantes Blaque y Stuart, más el profesor Fraser. A excepción de Kent, eran los mismos que habían estado reunidos con los asteronianos.

En un momento determinado se había abierto la puerta y un oficial había asomado por ella. Era el teniente de comandos Peter Masters, que había quedado al cuidado de los dos rescatados de Astero.

Todas las miradas se concentraron en el teniente. Este, con su natural desenvoltura, guiñó un ojo, cerró el pulgar y el índice de la mano derecha y exclamó:

—O. K., coronel.

No dijo más… Y todo el aparato de desembarco de la «Bella Horizonte» se puso en marcha.

EPÍLOGO

El turbomóvil cruzaba a toda velocidad por la autopista de Venter City. Aquella zona residencial tenía esta ventaja. Fuera de las horas punta de la salida o regreso al hogar, podía transitarse por allí a grandes velocidades.

Pese a todo, la pareja que pilotaba el vehículo podía admirar el paisaje y la belleza de las residencias diseminadas por las colinas, en medio de grandes zonas de vegetación.

—Saben elegirse las residencias estos militares, ¿verdad?—-preguntó el hombre que conducía el turbomóvil.

—Sí—repuso la mujer que le acompañaba—. Como los maridos siempre andan por esos espacios, deben de escoger buenos lugares donde las esposas puedan esperarlos cómodamente.

—¿Es eso una indirecta, Fanny?—preguntó el hombre.

—No, James, es la verdad—repuso ella—. Nosotros somos cosa aparte. Aunque quisiéramos no podríamos tener una casa como éstas.

Nuestra vida es dar tumbos sin rumbo fijo, en busca de noticias.

—Tienes razón, querida. Pero lo principal es que nos queramos, ¿no te parece?

—Eso sobre todas las cosas.

El frenó el turbomóvil, al tiempo que decía:

—Creo que es aquí.

Y antes de que ninguno de los dos saltara del vehículo se abrió la puerta y una joven alta y morena, con un niño en brazos, se adelantó por el senderillo, diciendo:

—¡Oh, Fanny, James! ¡Qué alegría!

Fanny Thompson y James Kent—ahora, los Kent—, no habían cambiado mucho en los dos últimos años, tras la aventura de la «Bello Horizonte», pero la señora Masters—antes Deltina, de Astero—, sí que había sufrido algún cambio.

En primer lugar se había casado con el teniente Peter Masters, y en segundo era mamá de un rollizo niño que tenía toda la alegría de los terrícolas y la fortaleza de los asteronianos. Junto a todo ello se había dejado crecer el pelo y usaba vestidos terrícolas. No obstante, mantenía toda la belleza de las asteronianas.

—¿Qué os trae por aquí?—preguntó a los visitantes, en cuanto todos se hubieron sentado a la sombra de unos arbustos.

—Mañana nos vamos a Astero y venimos a saber si queréis algo para allá.

—¿Vais a Astero? ¡Qué formidable! Hace dos días he tenido noticias de mi padre. Dice que aquello progresa a pasos agigantados. ¿Es un viaje de placer?

—No, vamos por motivos profesionales. Dentro de unos días se inaugura la primera cadena de factorías industriales, según el convenio térrico-asteroniano de ayuda mutua. Y también se va a poner en marcha la colonia terrícola para la explotación de las zonas del sur de Astero.

—Estoy enterada, pues Peter ha estado hace poco allí llevando colonos. Peter se ha convertido en un gran experto de aquellos terrenos, y lo recorre todo como si hubiese nacido allí.

—Es natural, después de lo que tuvo que gatear por allí para hacerse contigo.

Deltina Masters se quedó unos momentos pensativa, como recordando la mañana aquella en la cual un hombre con cara de rana se le apareció súbitamente camino de su casa.

Fanny Thompson, como leyendo en su pensamiento, preguntó:

—¿Sientes nostalgia de aquello?

A lo que Deltina, recuperando su plena consciencia, repuso:

—Allí tengo mi tierra, Fanny—y señalando al niño que jugaba a su lado y todo cuanto le rodeaba, concluyó—: Y aquí tengo a mis amores. No, no siento nostalgia. Al contrario: doy gracias a Dios por haber conocido a uno de los invasores de Astero.

FIN

J AIM IT O

La publicación infantil más graciosa
e interesante

PUBLICA MENSUALMENTE

SÉLECCIONES

DE JAIMITO

un extraordinario con
36 PAGINAS

Rebosante de historietas cómicas, chistes, aventuras y pasatiempos, seleccionados para diversión y recreo de los lectores.

UNA PUBLICACION CREADA

Para alegrar y divertir

¡QUE HA CONSEGUIDO SU OBJETIVO!

Léala y será de los nuestros.

ROBERTO ALCAZAR
Y
PEDRIN

LAS AVENTURAS DE UN DETECTIVE
ESPAÑOL Y SU AYUDANTE
son conocidas por todos los buenos catadores
de aventuras gráficas.

SI USTED... no las conoce
Y GUSTA DE ESTE TIPO DE PUBLICACION
SE LAS RECOMENDAMOS
si no gusta de esta dase de aventuras
con ilustraciones
RECOMIENDÉLA

al chico que desee
pues se trata de la colección más
EMOCIONANTE Y SINGULAR DE
CUANTAS
SE PUBLICAN EN ESTE GENERO

Creada por

EDITORIAL VALENCIANA

COLECCIÓN LUCHADORES DEL ESPA

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

1. **—El silencio de Helión.** ***Robín Carol***
2. **—Ventana al Infinito.** ***J. Negri O’Hara.***
3. **—El Planeta errante.** ***Karel Sterling*****.**
4. **—Regreso a la patria.** ***George H. White*****.**
5. **—Lucha a muerte,** ***George H. H. White*****.**
6. **—Cautivos del Espacio,** ***Joe Bennett*****.**
7. **—Vacío siniestro.** ***Joe Bennett*****.**
8. **—Detrás del Universo.** ***Karel Sterling*****.**
9. **—¡Karima!,** ***Profesor Hasley.***
10. **—Él bosque petrificado.** ***Profesor Hasley*****.**
11. **—Energía Z.** ***Profesor Hasley*****.**
12. **—Fantasmas siderales,** ***Karel Sterling*****.**
13. **—El túnel transatlántico,** ***Profesor Hasley*****.**
14. **—El mundo subterráneo.** ***Profesor Hasley.***
15. **—Entre Marte y Júpiter,** ***Joe Bennett*****.**
16. **—Separación Asteroidal.** ***Joe Bennett*****.**
17. **—Náufragos del Universo,** ***Joe Bennett.***
18. **—La Isla de otro mundo,** ***Eduardo Texeira.***
19. **—El tiempo desintegrado.** ***Karel Sterling*****.**
20. **—El conquistador del mundo,** ***Prof. Hasley.***

1. **—El ejército sin alma.** ***Prof. Hasley*****.**
2. **—Mensajes de muerte,** ***Karel Sterling*****.**
3. **—Motín robótico.** ***Joe Bennett*****.**
4. **—Cita en la Luna,** ***Van S. Smith.***
5. **—Misterio en la Antártida,** ***Larry Winters.***
6. **—Cosmoville,** ***Joe Bennett*****.**
7. **—Ataúdes blancos de Oberón,** ***Karel Sterling.***
8. **—Nosotros los marcianos,** ***Karel Sterling*****.**
9. **—El doble fatal.** ***Joe Bennett*****.**
10. **—La ruta perdida,** ***Karel Sterling*****.**
11. **—Embajador en Venus,** ***Van S. Smith*****.**
12. **—El astro prohibido,** ***Joe Bennett.***
13. **—Niebla alucinante. C.** ***Aubrey Rice.***
14. **—La hierba del cielo,** ***Joe Bennett*****.**
15. **—¡Nos han robado la Luna!,** ***Joe Bennett.***
16. **—Rutas Ignoradas, J.** ***Negri O'Hara.***
17. **—Un cadáver en el aerolito,** ***Henry Keystone.***
18. **—La Diosa de Venus,** ***Joe Bennett*****.**
19. **—Condenados a morir,** ***Joe Bennett*****.**
20. **—La barrera de las sombras,** ***A. S. Jacob.***
21. **—Las huellas conducen... al Infierno,** ***Van S. Smith.***
22. **—El Planeta de nadie,** ***Henry Keystone.***
23. **—Regresaron dos muertos,** ***Joe Bennett***

1. **—El mundo de los seres condenados, *J. Negri O’Hara.***
2. **—El Planeta maldito, *P. Danger.***
3. **—Asesino Interplanetario, *Henry Keystone.***
4. **—Extraños en la Tierra, *Van S.* Smith,**
5. **—Marionetas humanas, Vic Adams**
6. **—La nave pirata, *Joe Bennett.***
7. **—Los aventureros de Júpiter, *Joe Bennett.***
8. **—Cuatro a Mercurio, Peter *Kapra.***
9. **—Donde empieza el límite. J. *Negri O’Hara.***
10. **—La onda invencible, *Joe Bennett.***
11. **—Eratom 225, Prof. *Hasley.***
12. **—Después de la hora final, *Van S.* Smith.**
13. **—Bases submarinas, J. *Negri O'Hara.***
14. **—Nieblas blancas, P. Danger.**
15. **—Submares de muerte. *Joe Bennett.***
16. **—La espacionave del terror. *Joe Bennett.***
17. **—Las estrellas amenazan, *Van S. Smith.***
18. **—Rebelión en la galaxia, V. *A. Carter.***
19. **—El umbral de la Antártida, *P. Danger.***
20. **—Los hombres del más allá. P. *Danger,***
21. **—Bloqueo en el espacio. *Ray Kualiter.***
22. **—La muerte azul, *V. A. Carter.***
23. **—Un mensaje en el espacio, *Van S. Smith.***
24. **—Viaje hacia la muerte, *Prof. Hasley*.**
25. **—¡Descohesión!, P. *Danger.***
26. **—La nueva raza, *V. A. Carter*.**
1. **—El extraño viaje del Dr. Main. *Van, S. Smith*.**
2. **—Venus llama a la Tierra, *Van S. Smith.***
3. **—Sonidos silenciosos de Venus, *V. A Carter.***
4. **—La ruta de los pantanos, P. *Danger.***
5. **—¡Ayúdanos, terrestre!, V A. *Carter.***
6. **—Polizón en el espacio, *Edward Wheel*.**
7. **—El nuevo poder, *Van S. Smith***
8. **—Prisión cósmica, V. A. Carter.**
1. **—El misterio de la misión Silverton, *J. Negri O’Hara.***
2. **—Intrusos siderales. *Van S. Smith.***
3. **—La Tierra no puede morir, V. *A. Carter.***
4. **—La amenaza sin nombre, P. *Danger.***
1. **—Luna ensangrentada, *Van S. Smith.***
2. **—Diablos de la Ionosfera, *Van S. Smith*.**
3. **—Viaje al infinito, *P. Danger.***
4. **—Cargamento para el infierno, *V. A. Carter.***
5. **—La locura de Bevinton, *Van S. Smith.***
6. **—El planetoide maldito, *Van S. Smith.***
7. **—Los Hombres Gusano de Ceres, *Leo MacDonal*.**
8. **—Los Vampiros de la Muerte, *Leo MacDonal*.**
9. **—Cautivos de Voidan, *V. A. Carter.***
10. **—Atentado a la Tierra, *J. Scott Barry.***
11. **—Comandos en el espacio, *Edward Wheel.***

El mundo ve con espanto cómo un planeta desconocido, vagamundo incansable del Universo, se acerca inexorablemente a la Tierra. En vísperas del cruce de ese planeta por la órbita de la Tierra, los Estados Mayores de todo el mundo adoptan medidas para aminorar el daño de las mareas y terremotos que son de esperar.

Y EL MUNDO TEMBLO...

El planeta llega a su punto de máxima proximidad... los mares saltan impetuosos sobre tierras abandonadas... y por todas partes surgen los cráteres de nuevos y resucitados volcanes arrojando llamas.

Y EL MUNDO TEMBLO...

Y la aparición de misteriosas aeronaves tripuladas por seres desconocidos... de otro mundo, viene a sumir a la Tierra en la confusión y el terror.

VAN S. SMITH

ha edificado una obra magnífica por su contenido, emocionante, sin igual.

Se publicará en el próximo número de esta Colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA

Precio: **7** *pesetas.*

Distr. en Argentina por FOLIA, Maipú, 924. Bs. As.